

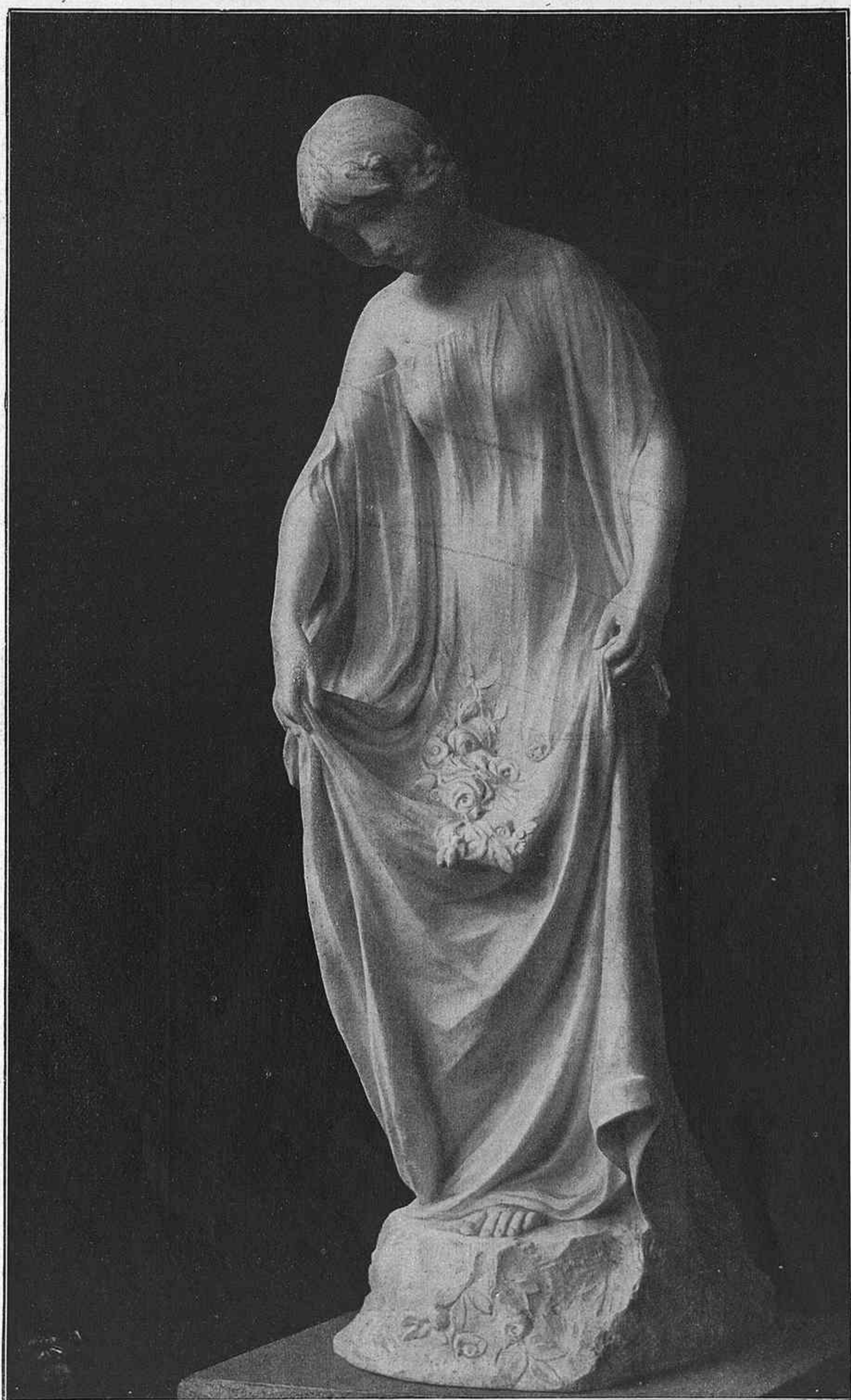
Ilustracion Artística



Año XXVI

← BARCELONA 6 DE MAYO DE 1907 →

Núm. 1.323



MELANCOLÍA, estatua de Carlos Samuel

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Barcelona. V Exposición de Arte.* — *Aurette*, novela ilustrada (continuación). — *París. Una ascensión aerostática monstruo.* — *La Targa Florio.* — *Noticias de espectáculos.* — *Problema de ajedrez.* — *Barcelona. Teatro Principal.* «*La niña dormida al bosch.*»

Grabados.— *Melancolla*, estatua de Carlos Samuel. — *Palacio de Bellas Artes donde se celebra la Exposición de Arte de Barcelona.* — *Inauguración oficial de la V Exposición de Arte en el gran salón central del Palacio de Bellas Artes.* — *Sección belga.* Sala destinada al escultor Meunier. Instalación dirigida por el Sr. Fuxá. — *Sección italiana.* Sala destinada al arte decorativo. Instalación dirigida por D. Buenaventura Conill. Obras de Balestrini, Falco, Novo y Jaccioli. — *Sección francesa.* Instalación dirigida por los Sres. Sagnier y Junyent. Cartones de Puvion de Chavannes. — *Sección holandesa.* Sala principal. Cuadros de Mesdag, Sluiter, Gratema, Berkmeier, Bleckmann y Roelofs. Esculturas de Wijk, Dantjik y Fabrice. Aguas fuertes de Kramer, Dupont y Obbes. — *Sección italiana.* Tres salas. Decoración del Sr. Vilomara. Obras de Dall'Oca Bianca, Innocenti, Balestrini, Vittore, Santis y Selvatico, y arquilla del Sr. Beristain. — *Sección belga.* Sala de arte decorativo. Decoración a cargo de Wytman. Obras de la condesa de Flandes, Fabri, Wolfers, Carlier, Lagae y Dillens. — *Salas Zuloaga.* Obras del mismo y dos esculturas de Rodin. — *Sección española.* Salas del Círculo Artístico de Barcelona y del «Círculo Artístico de Sant Lluç». Obras de pintura y escultura de artistas españoles. — *Apunte de Juan Llimona.* — *Apunte de Dionisio Baixeras.* — *París. Ascensión de los globos «Aigle» y «Micromegas».* — *Italia. Prueba Targa Florio.* El vencedor Nazzari. — *Manual de Montoliu.* — *Federico Alfonso.* — *Barcelona. Banquete dedicado por el Ayuntamiento a los organizadores de la V Exposición de Bellas Artes, al Jurado, a las autoridades y a otras personalidades de esta ciudad y extranjeras.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El más curioso contraste entre lo que se habla y lo que se lee, lo presentan las elecciones de diputados a Cortes.

En la prensa, las elecciones han sido el tema obligado y predilecto: cálculos de probabilidades, cuentas más o menos galanas, quejas de abusos, arbitrariedades y amaños más o menos patentes, augurios, profecías, amenazas, campañas, habilidades, conjeturas, llenaron las columnas de los diarios políticos, delatando hondas preocupaciones. En las antenas y cámaras del ministerio de la Gobernación, en las redacciones, en los círculos y comités, en las casas de los hombres políticos, también debió de alzarse, como ahora se dice, considerable revuelo. Pero en el resto del mundo, créanme los lectores, nadie se ha ocupado de si existían o no existían elecciones semejantes. Nadie que no perteneciese a un partido militante y lo tomase por lo serio, o no fuese compelido por urgentes requerimientos de amistad o de obligación, ha pensado en concurrir a las urnas. La sola idea de «ir a votar» provocaba sonrisas de desdén en infinitos ciudadanos. ¡Votar! Eso es bueno para los mozos de cordel, que venden su voto por un par de pesetas y unas tintas.

* *

Tal indiferencia, tal menosprecio hacia la función electoral, ¿no dicen, no significan algo? Cuando menos deben significar que es una cosa divorciada de la realidad íntima; algo de que nadie se cuida, que nadie espera, que no constituye nada interesante al espíritu de una nación. Y si se piensa que de esa función mirada con enorme desvío se deriva el estado de legalidad a que todos vivimos sujetos, puede sorprender la frialdad y el alejamiento de las masas neutrales. ¿No es en las Cortes donde se vota la contribución que hemos de pagar, la ley que hemos de acatar, la reforma que nos afecta, todo lo que más influye en nuestro bienestar o malestar diario? ¿No es allí donde ha de discutirse hasta lo que toca al sentimiento más hondo, a los intereses más graves, la enseñanza, la religión, la integridad de la patria, la guerra, la paz? ¿No es allí donde, al través de eufemismos o en medio de insultos, ha de abrirse camino la revelación de hechos que denuncian el verdadero estado de la sociedad en que vivimos? ¿Cómo es posible que, mirando bien lo que lleva consigo el derecho al voto, caiga en desuso tal derecho, y ni aun recuerden los derechohabientes que lo poseen y pueden ejercitarlo?

* *

Yo oigo hablar de países donde vota el censo entero, y sin trampa; yo oigo hablar hasta de países donde ya vota la mujer. Este adelanto no llegará a plantearse en España; el día en que empezase a agitarse aquí tal cuestión (dentro de un par de siglos), ya estaría caduco y mandado retirar el sistema parla-

mentario, y hasta los leones del Congreso mostrarían las encías desdentadas y la melena pelada y rala como viejo felpudo. Esto en el caso muy problemático de que les importase aquí a las hembras lo que no les importa a los varones, salvo por excepcionales circunstancias.

* *

Siempre he dudado de que las suntuosas decoraciones, los trajes magníficos y originales de las actrices, sean un elemento de arte tan poderoso y decisivo como se cree. Me ha confirmado en esta idea antigua la presencia de Tina di Lorenzo en el Ateneo de Madrid. Sobre aquel escenario diminuto, sin decorado, sin mobiliario apenas, vestida con un saco de lana grisácea, desarreglado sin artificio el cabello, la gran actriz conmovió y subyugó a su auditorio lo mismo o mejor que si luciese la última creación de Paquin y detrás de su figura artística se extendiese una decoración fastuosa. Ello es cierto que los dramas y las comedias más admirables que ha producido el ingenio humano, se han representado entre dos cortinas viejas, habiendo salido previamente un avisador a advertir a los espectadores que el teatro representa una selva o una gruta mágica. No podríamos hoy avenirnos a tal esfuerzo de imaginación, pero el extremo del lujo escénico nos ha conducido ya a materializar e industrializar lo que debe ser principalmente arte, y a «salvar» obras sin mérito ni alma por medio de la indumentaria, los muebles y los detalles realistas. Lo principal ha pasado a ser secundario; los árboles han tapado el bosque; el modisto se ha colocado ante el autor. Se va al teatro a ver ropa nueva y a aprender estilos y colores para la moda primaveral. Se admira una silla y se olvida un carácter; se ensalza un biombo y se prescinde de una escena capital. Los aplausos más sinceros son para los pintores escenógrafos. El runrún admirativo queda reservado para un sombrero *dernier cri*. Las obras teatrales son más elegantes, más lujosas, más refinadas que la vida. Lo único que no son eso... eso, *vida*. Y según a aquella matrona romana (¿me equivoco?, ¿era romana, o era griega?) que traicionó a su patria por unas joyas, la apedrearón y ahogaron con joyas riquísimas, el arte, por el delito de aspirar a tanto aparato y a tanta magnificencia, queda ahogado bajo el esplendor de talco de la escenografía. Y se respira, y se experimenta una sensación de alivio al asistir a un espectáculo, no teatral, sino íntimo y como *directo*, en que la bella prosa de d'Annunzio no busca otros medios de conmovernos y penetrar en lo hondo de nuestro corazón, sino la palabra y el gesto de una genial intérprete.

* *

Continuamos en la expectación de lo que encierran unas entrañas de mujer. Puede asegurarse que la criatura que va a venir interesa más que las Cortes que van a reunirse; es antiguo achaque de la humanidad concentrar las esperanzas, los ensueños, las conjeturas, en la cuna preparada a recibir a la criatura inocente.

¿Qué tendrá la niñez, que así atrae y determina la efusión del sentimiento? No es necesario, para que la niñez posea su especial imán, que el niño nazca bajo las bóvedas de un palacio, que su cuna la revisitan encajes de punto antiguo, que los cañones saluden su venida al mundo, ni que la noticia se reciba respetuosamente en las cancillerías y la telegrafíen a los ámbitos del globo las agencias. Basta a la niñez su debilidad, su desamparo, su entrega absoluta a la compasión y a la ternura de seres más fuertes.

Hace pocos días, un niño fué dejado en brazos de una verdulera por una bruja desconocida. «Quiero deshacerme de él», dijo la misteriosa. Y la humilde vendedora del mercado tembló. Vió a la tierna criatura estrangulada, abrasada, pisoteada, enterrada secretamente, como todos los días leemos en los periódicos que sucede a otras criaturas... Y conservó en sus brazos y contra su seno al niño. Cuando la buena mujer se recobró de la emoción compasiva, la bruja había desaparecido, sin saberse cómo ni por dónde, y la verdulera tenía un hijo ya. «Yo le ampararé», afirmaba con generoso arranque. Y de seguro le amparará con el mismo cariño, la misma abnegación que si le hubiese llevado en su vientre. Todavía mejor, pues lo lleva en el corazón, en su ancho corazón plebeyo y amoroso.

* *

La primavera se retrasa: diríase que se reserva para hacer su entrada triunfal en compañía del heredero (o heredera) del trono. Cierzos picones, noches

frias, gente que sale del teatro arrebujaada en boas y estolas de piel, pertinacia del manguito y del sombrero de fieltro, escasez de *manuelas* y tranvías calados, carencia de horchata de chufas..., esto es lo que por ahora indica que el verano (aunque he dicho *primavera*, en Madrid, realmente, no se conoce estación intermedia; se salta de extremo a extremo), no asomará hasta mayo, lo más pronto.

El 2 de mayo, en Madrid, es siempre un día caluroso, alegre a pesar de los recuerdos y conmemoraciones patrióticas, alborozado de callejeo y gentío, que se «echa a la calle» a disfrutar del más barato y gustoso recreo cortesano: el de verse los unos a los otros... En efecto; aquí, todo lo que no sea poder verse, aburre y fastidia, digan lo que digan «los termómetros». Realmente se podría ahorrar lo que se gasta en teatros, conciertos, espectáculos y diversiones de toda clase, y dejar, por único festejo, la reunión de la gente en un punto dado, a una hora dada, para contemplarse, criticarse, admirarse, comentarse, elogiarse, charlar y reirse. Es el goce predilecto de los madrileños, y cualquier tarde de día festivo podéis comprobarlo, pues las calles están atestadas de una multitud que sale no más a *ver personas*. Delante de las casas donde se recibe, a la puerta de los teatros, al paso de los coches que van o vuelven de conducir a sus dueños a los toros, se agolpa un hervidero, la curiosidad *personal* de Madrid. Curiosidad que dimana, en buena parte, del caso frecuente de no tener nada que hacer los curiosos.

* *

A decir verdad, yo alabo el celo de la policía, pues más vale alabar celos que lamentar descuidos; pero hay ocasiones en que no me persuado de que no fuese mejor dejar las cosas como están. Y una de estas ocasiones es la de los «timos», especialmente los timos a extranjeros.

Va comprendo que extrañará mi opinión; que parecerá indefendible. Pensadlo bien: se debe defender al ciudadano contra los demás ciudadanos, pero no contra sí mismo: ahí termina la misión protectora de la sociedad. Los andadores son para los niños, no para los señores tallados y con barba corrida, y los extranjeros deben serlo, y si no lo son, tanto peor para ellos; merecida tienen su suerte.

¿Se comprende que puedan ya engañar a nadie ciertas tretas? Cuando leemos que a una señora la dió una gitana, a cambio de un fajo de billetes, un sobre cerrado, encargando que no lo abra hasta pasados ocho días, precepto que la señora cumple escrupulosamente, para encontrar, al plazo fijado, una bonita colección de recortes de periódicos antiguos; cuando unos alemanes (¡oh, la superioridad de los anglo-sajones!) llegan aquí desde los confines de Westfalia, dispuestos a ceder una regular suma de marcos a cambio de las indicaciones para descubrir un fabuloso tesoro soterrado en las montañas de Sierra Nevada por los monjes; cuando dos italianos (¡oh manes de Maquiavelo!) desembarcan del tren para entregar el cuello resignadamente a un timo «por el procedimiento del entierro», que ya saben ustedes si es novísimo, disponiéndose a soltar 7.535 pesetas ó liras, ni una menos, al requerimiento de los aprovechados industriales, a cambio de unos *documentos*, que ya pueden ustedes suponer qué documentos serían..., confieso que me acuerdo de Darwin, de la ley por la cual los débiles deben sucumbir, a fin de que se verifique la selección..., y siento que una policía previsora, honrada, salve a esos incautos, porque incautos así, si no son víctimas del *entierro*, lo serán, a la vuelta de la esquina, de otro timo más disimulado y más seguro.

* *

Cuando a cada cual le pasa lo que merece que le pase, la justicia se cumple. Son tanto menos de padecer estos timados, cuanto que el móvil de su error es la codicia. Se les tima porque aspiran a timar, es decir, a realizar un negocio excesivo, un lucro desproporcionado con el trabajo que cuesta y el esfuerzo que requiere. Y es la codicia quien ciega sus ojos, embota su entendimiento y aduerme su desconfianza; es la codicia lo que les impulsa a comprometer fuerte suma en aventura loca, ellos que acaso, para una empresa de ganancia modesta y lícita, no arriesgarían una moneda de plata. He aquí por qué el servicio de la policía, previniendo estos timos, esperando a los engañados en la estación del ferrocarril con objeto de salvarles el caudal que traen en la maleta, es de estimar, pero no me convence: cierra el paso a lo providencial; protege a quien debiera ser abandonado.

EMILIA PARDO BAZÁN.



BARCELONA.—V EXPOSICIÓN DE ARTE



Se ha inaugurado la V Exposición internacional de Bellas Artes, y bien pueden sentirse orgullosos de su resultado el Ayuntamiento de Barcelona que la iniciara y la ha llevado a término y la comisión que ha tenido a su cargo los ímprobos trabajos de organización.

La naciones que marchan al frente del movimiento artístico y en cada una de ellas los más ilustres cultivadores del arte en sus distintas manifestaciones han respondido con entusiasmo a nuestro llamamiento, aquéllas prestando su valioso concurso moral, éstos enviando sus creaciones más notables; y gracias al concurso de tan poderosos elementos, la exposición, en su conjunto y en sus detalles, ofrece un aspecto realmente admirable y materia abundante para provechosos estudios.

Dejando éstos para artículos sucesivos en que LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se ocupará con el detenimiento que merecen de las obras que en el certamen figuran, reproduciendo las principales de ellas, hoy nos limitamos a una ojeada general de la exposición.

El Salón de fiestas está destinado exclusivamente a esculturas que firman Bartolomé, O'Connor, Vallmitjana Abarca, Blay, Atché, Casanovas, Montserrat, Ferreiro, Clarassó, Nicollini, Trentacoste, Llimona, Campeny, Bistolfi, Fisher, Charlier y otros nacionales y extranjeros.

En el ala de la izquierda están las salas de la sección italiana, la primera de ellas de arte decorativo y las otras tres de pintura; entre los expositores de esta sección citaremos a Balestrini, Nono, Jaccioli, Tinnaro, Selvatico, Santis, Tito, Dall'Oca Bianca, Mariani, Vitore, Rosetti, Milesi, Ciardi, Rossini y Vizzoto. En la sala de arte decorativo belga se ven *panneaux*, de Fabri, Ciambérlain y Constadt, bronce de Wolfers, bustos de Lagae, esculturas de Dillens y Carlier y cueros, encajes, bordados, etc. La sala siguiente está exclusivamente destinada al célebre escultor belga Meunier.

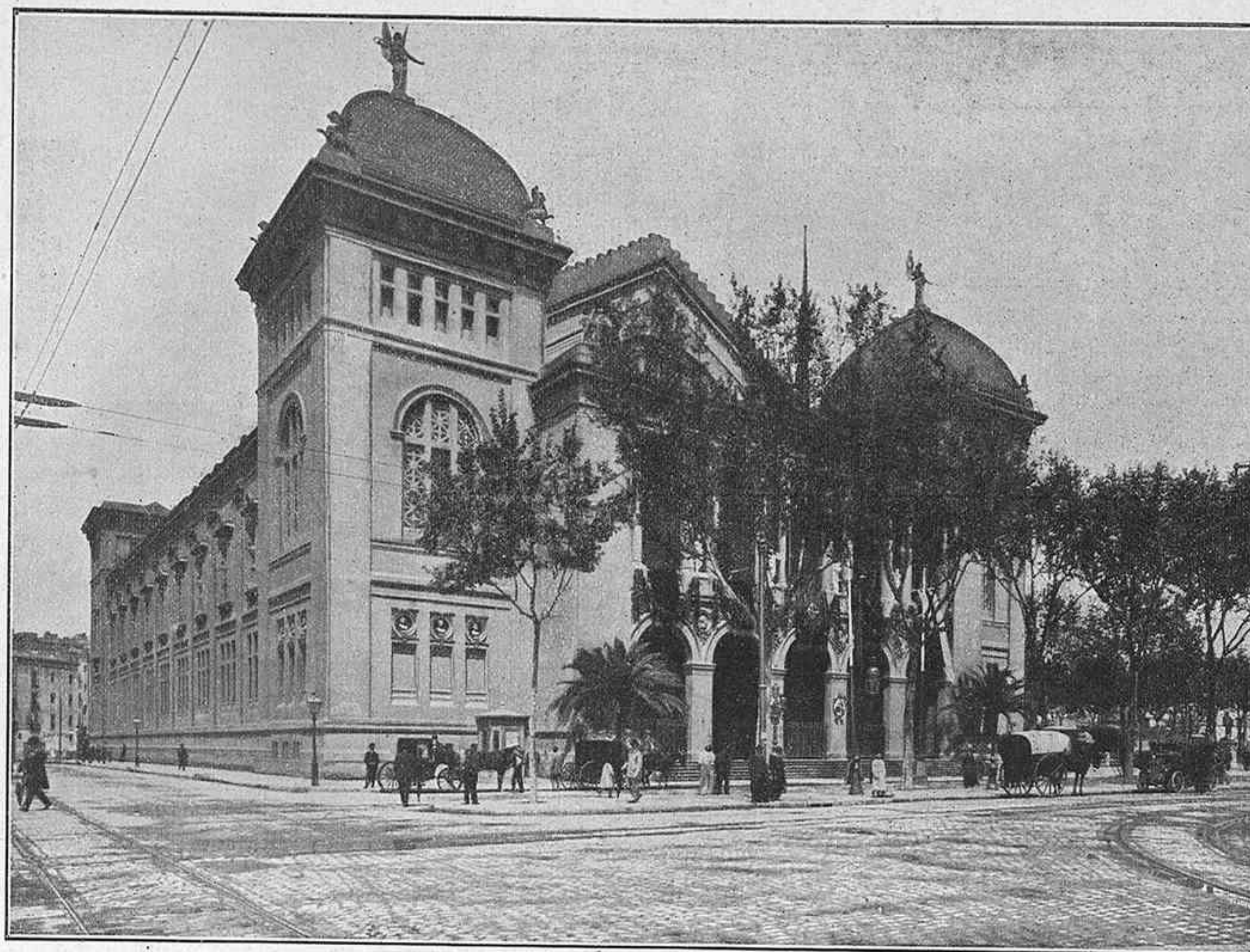
En el ala derecha hay las salas de caricatura, de dibujos y de acuarelas, esta última con muebles de D. Juan Busquets y vidrieras de los Sres. Buxeras y Codorniu; la de dibujos, grabados y aguas fuertes belgas, con muebles de Artemio Valls, vidrieras de Rigalt y Granell y cerámica de Ricart; la de grabados franceses, con una lámpara de los Sres. Cadena y Bayó

bach, Zumbusch, Schmutzler, Stuck, Bartels, Busch, etcétera.

En el primer piso, la instalación española ocupa toda la Sala Reina Regente y todas las del ala derecha, excepto la primera, que está destinada a Portugal y que aún no se halla terminada. En ellas figuran obras de Moreno Carbonero, Alvarez Sotomayor, Bilbao, Pellicer (C.) Borrell (P.), Galofre, Urgell (M.) Hermoso, Morera Galicia, Meifrén, Chicharro, Fillol, López Mezquita, Serra, Torrecassana, Pinazo, Simonet, Triadó, Caba, Urgell (R.), Beruete, Vázquez (C.), Vidal (Luisa), Parera, Candías, Clará, Opisso, Canals, Uranga, Nonell, Regoyos, Pichot, etcétera. En esta sección tienen salas especiales Zuloaga, Casas y Rusiñol, el Círculo Artístico de San Lluç y el Círculo Artístico; en estos dos últimos exponen los principales pintores y escultores de nuestra capital, que no enumeramos hoy por falta de espacio.

Siguen luego las dos salas francesas, la primera con obras de Blanche, Ullmann, Picabia, Leandre, etc. y la segunda con cuadros de los impresionistas Monet, Renoir, Pissarro, Berta Morissot, etc. La sección belga ocupa tres salas, decoradas por el Sr. Boada y en las cuales se ven cuadros de Van Leemputten, Seghers, Wytman, Donnay, Buysse, Claus, Courtois, Von Hove, Carpentier, Luyten, etc. y esculturas de Dillens, Rousseau y Wolfers. La sección inglesa comprende también tres salas, de las cuales la primera está dedicada al famoso pintor Brangwin que expone en ella cuadros al óleo y aguas fuertes; en las otras dos, hay pinturas, grabados, esmaltes, dibujos y esculturas de Burne Jones, Bruckmann, Russell, Nicholson, Whistler, Moira, Grosvenor, Sydney, Solou, Fischer, Shang, Lanteri, Frampton, etc. Las dos últimas salas de esta ala están destinadas a la pintura holandesa, viéndose en ellas obras de Sluyter, Gratema, Merdag, Berkmeier, etc.

(Fotografías de A. Merletti.)



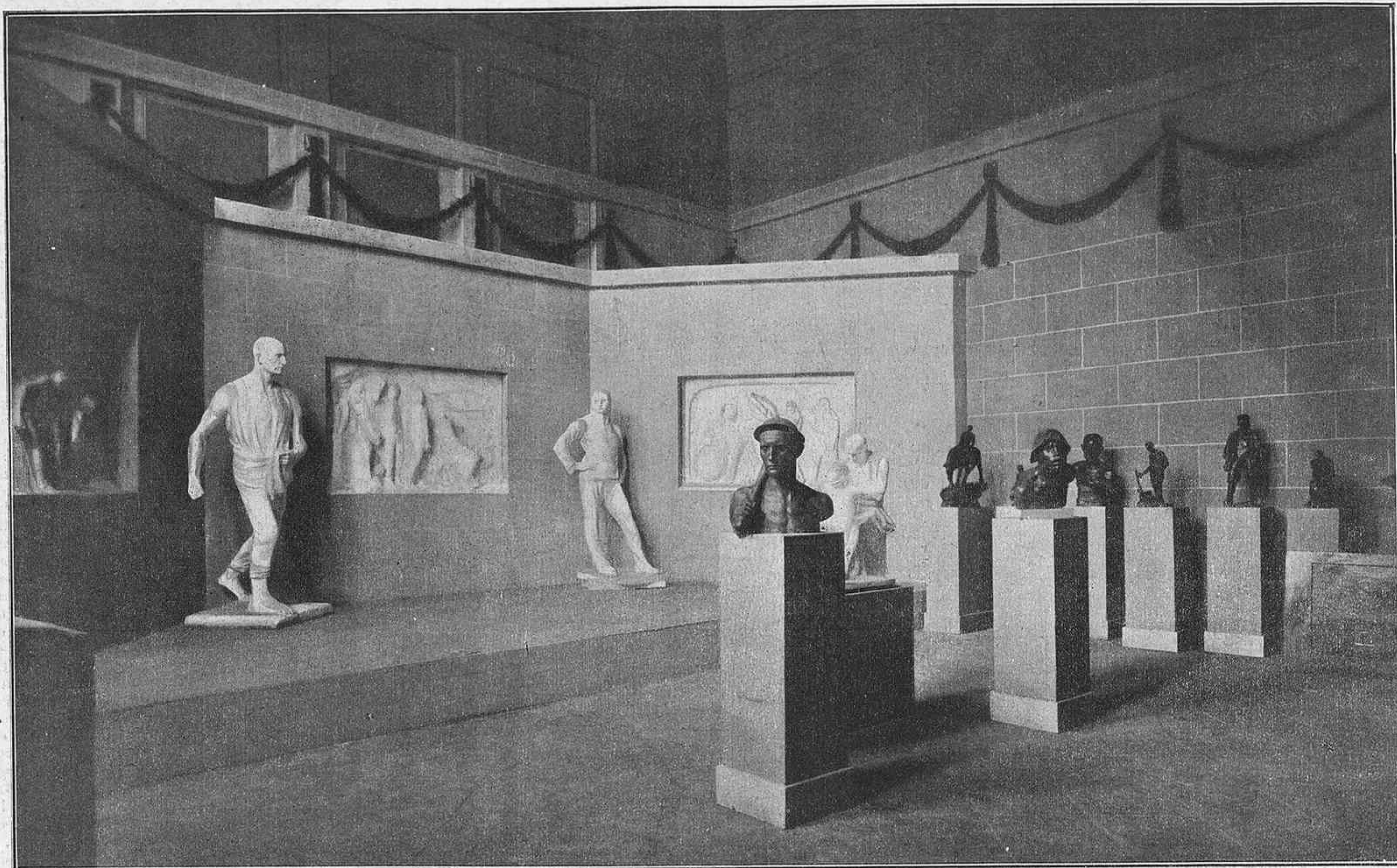
Palacio de Bellas Artes en donde se celebra la exposición

y un piano de cola de la Vda. de Estela; una de dibujo y pintura de artistas españoles (A. Utrillo, Baixeras, Pla, Echena, Lorenzale, Sancha, Pellicer Montseny, etc.); la de escenografía, con obras de Soler y Roviro, Vilumara, Alarma, Junyent, Brunet, Jiménez y Mir; y la alemana con cuadros y esculturas de Skarbina, Kampf, Marr, Petersen, Ackermann, Claren-

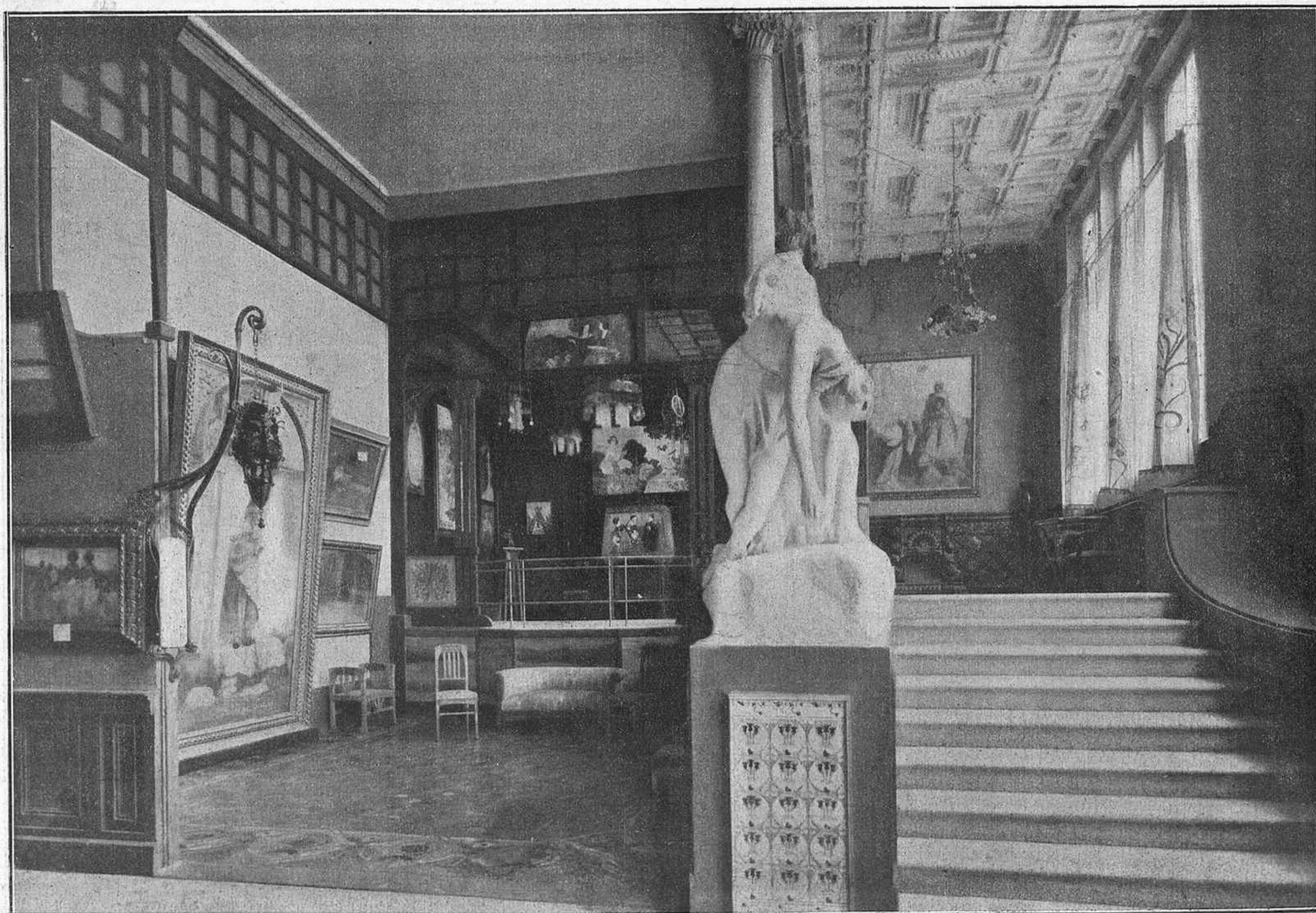
Bruckmann, Russell, Nicholson, Whistler, Moira, Grosvenor, Sydney, Solou, Fischer, Shang, Lanteri, Frampton, etc. Las dos últimas salas de esta ala están destinadas a la pintura holandesa, viéndose en ellas obras de Sluyter, Gratema, Merdag, Berkmeier, etc.



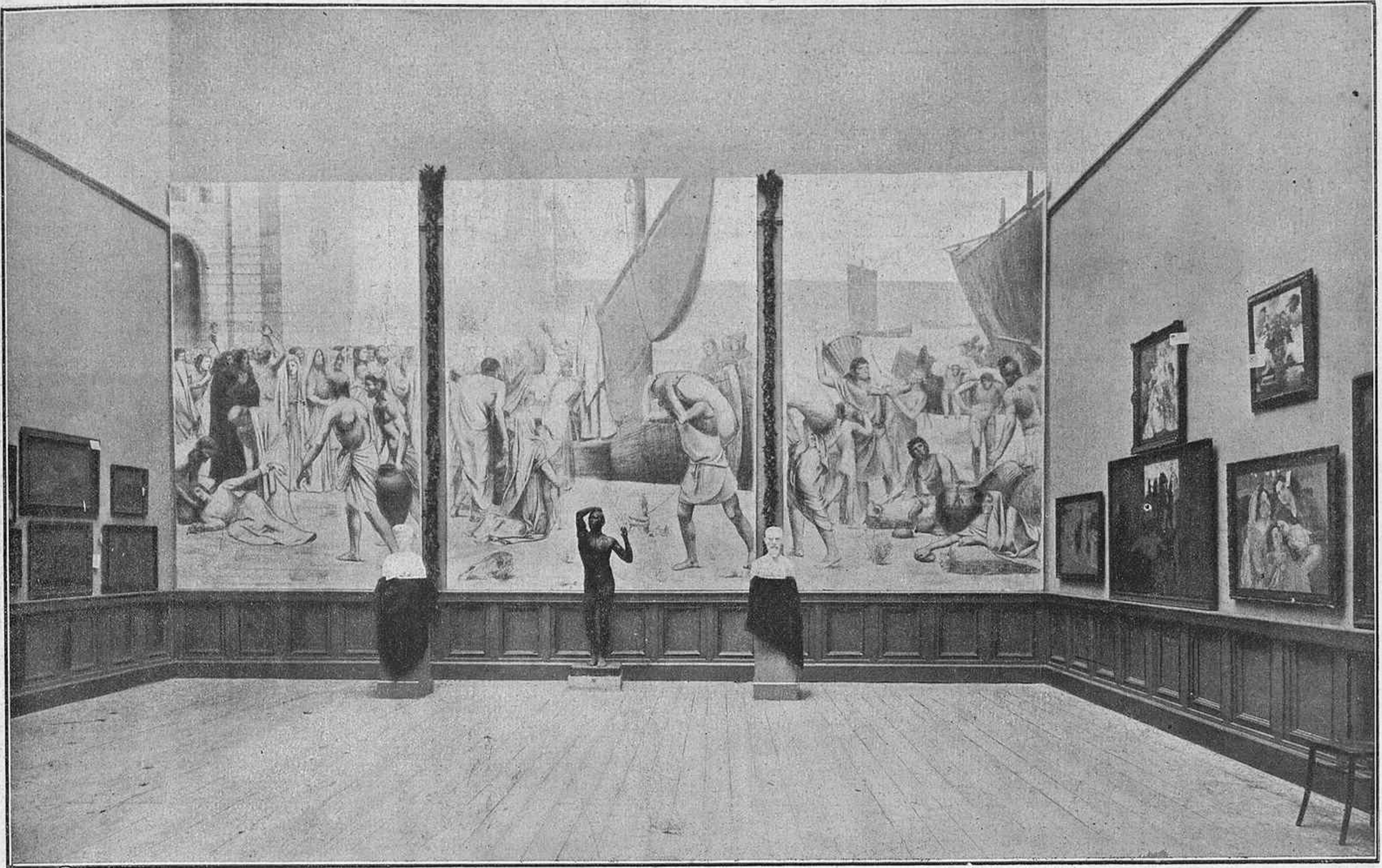
Inauguración oficial de la exposición en el gran salón central del Palacio de Bellas Artes



Sección belga.—Sala destinada al célebre escultor Meunier. La instalación ha sido dirigida por el Sr. Fuxá, y en ella figuran exclusivamente obras de aquel artista



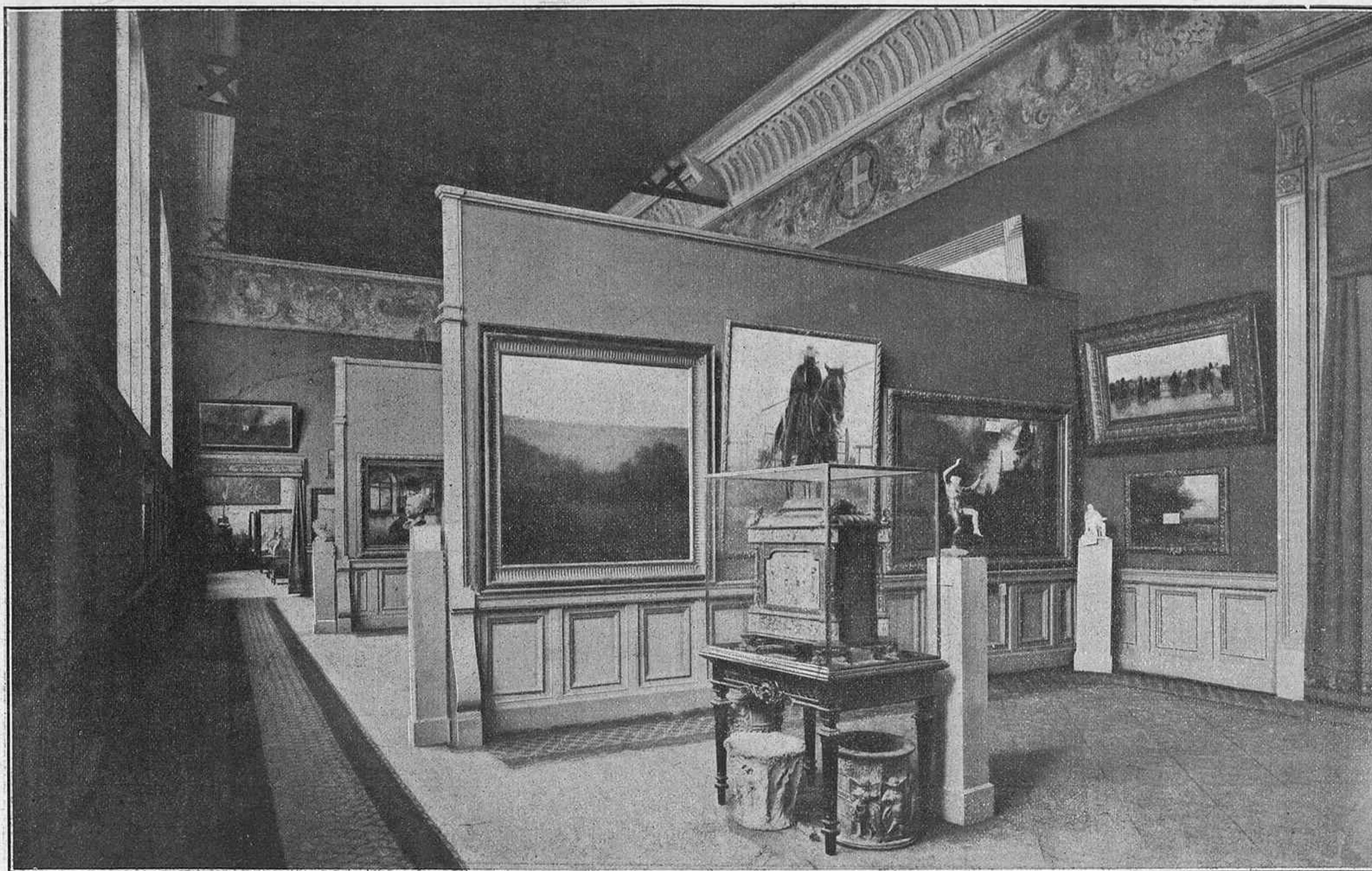
Sección italiana.—Sala destinada al arte decorativo. La instalación ha sido dirigida y decorada por D. Buenaventura Conill, y en ella figuran, entre otras, obras de Balestrini, Falco, Nono y Jaccioli



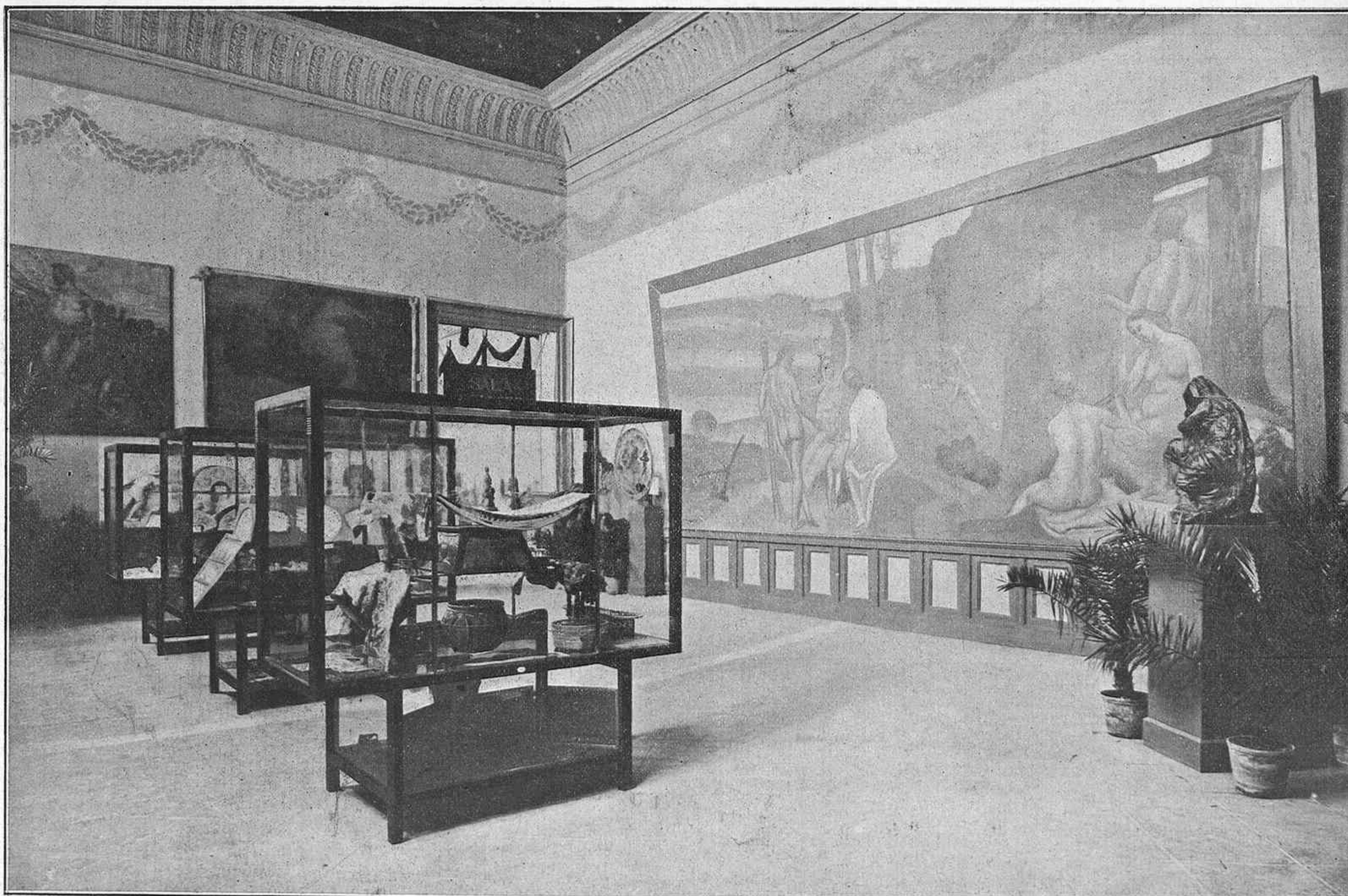
Sección francesa.—La instalación ha sido dirigida por los Sres. Sagnier y Junyent, y en ella llaman principalmente la atención los tres cartones de Puvis de Chavannes que se ven en el fondo del grabado



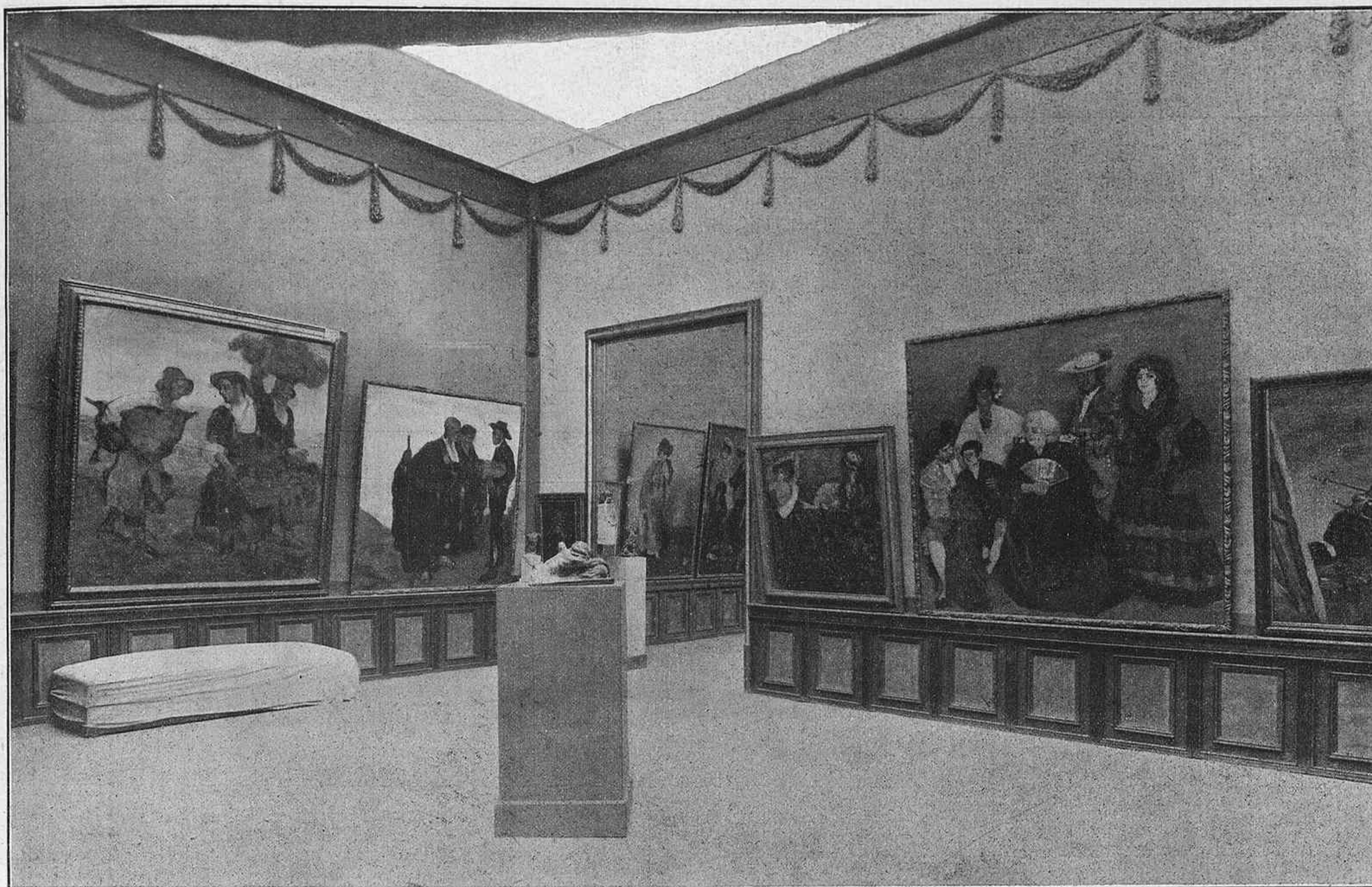
Sección holandesa.—Sala principal en la que figuran, entre otros, cuadros de Mesdag Sluiter, Gratema, Berkmeier Bleckmann y Roelofs, esculturas de Wijk, Dantjik y Fabise y aguas fuertes de Kramer, Dupont y Obbes



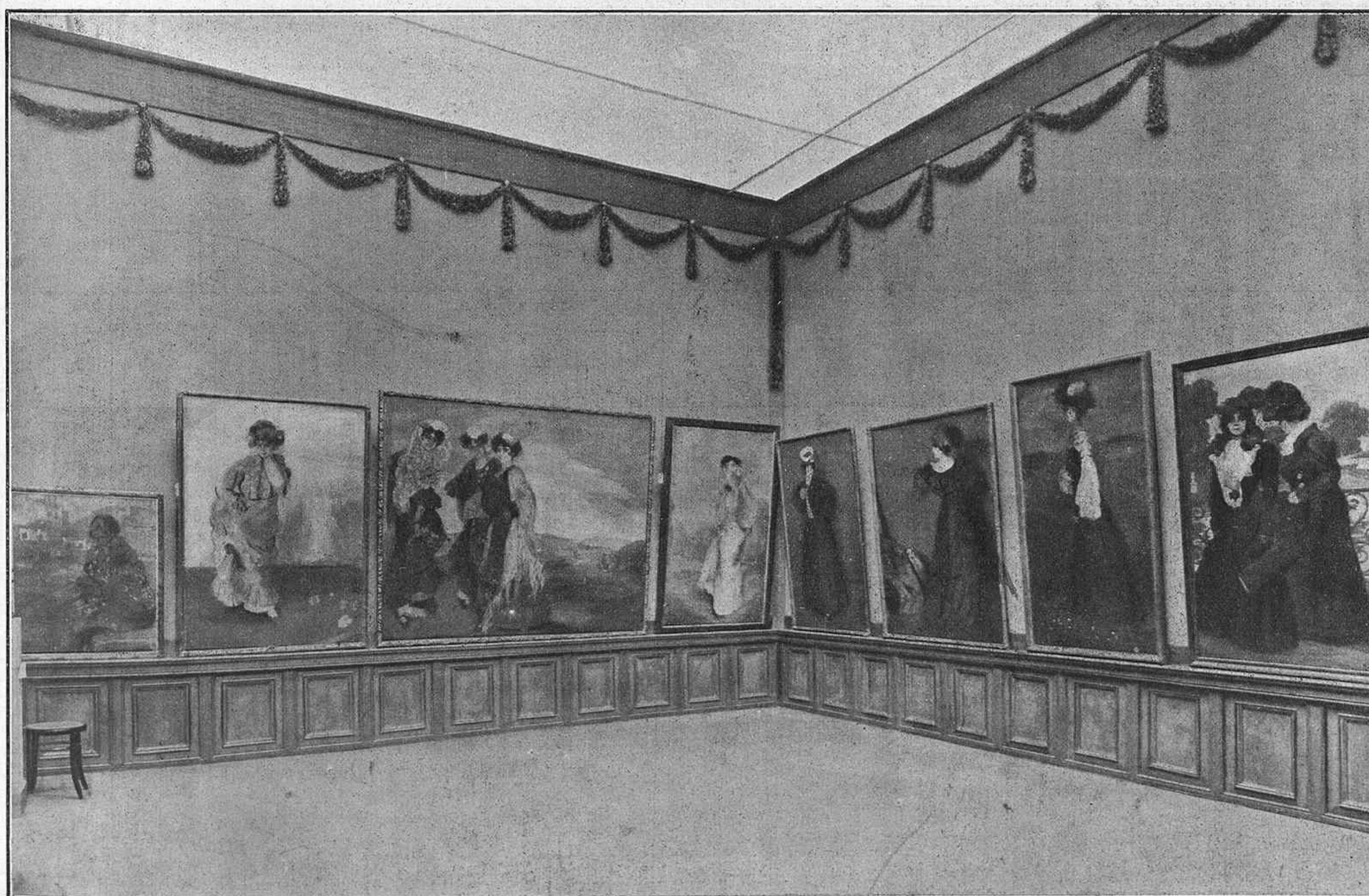
Sección italiana.—Vista de las tres salas que comprende esta sección y cuya decoración ha corrido á cargo del Sr. Vilomara; en ellas figuran obras de Dall'Oca Bianca, Innocenti, Balestrini, Vittore, Santis y Selvatico. En el centro de la primera hay una arquilla de acero con relieves é incrustaciones de oro del Sr. Beristain



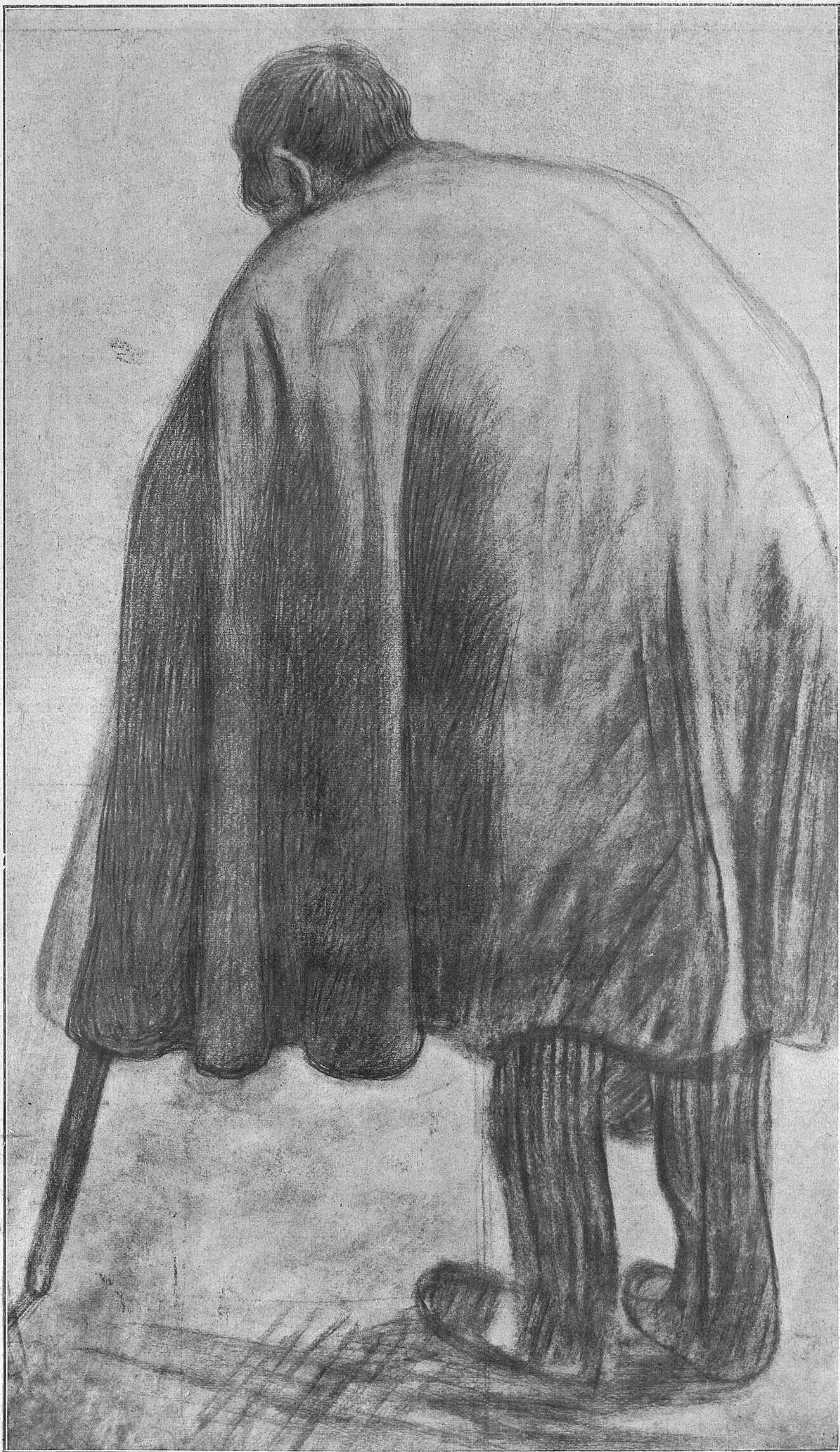
Sección belga.—Sala destinada al arte decorativo belga y cuya decoración ha corrido á cargo del celebrado pintor Wytsman; en ella figuran, entre otras obras, aguas fuertes de la condesa de Flandes, «panneaux» de Fabri, bronce de Wolfers, un relieve de Carlier y varias esculturas de Lagae y Dillens



Sala primera Zuloaga.—En esta sala figuran, entre otros, los cuadros «La familia del torero,» «Vendimiadores,» «En el balcón,» «Alcalde de un pueblo de la provincia de Segovia.»
En el centro de esta sala hay una escultura del célebre artista francés Rodin



Sala segunda Zuloaga.—En esta sala figuran, entre otros, los cuadros «Mis primas,» «Empolvada,» «Mujer en la penumbra,» «Laxitud» y «En Saint-Cloud.» En ella hay también una escultura de Rodin



APUNTE DE JUAN LLIMONA

(Exposición de apuntes, croquis y notas íntimas organizada por el «Círcol Artístich de Sant Lluch,» de Barcelona, en el Salón Parés.)



APUNTE DE DIONISIO BAIXERAS

(Exposición de apuntes, croquis y notas íntimas organizada por el «Círcol Artístich de Sant Lluch,» de Barcelona, en el Salón Parés.)



Sección española.—Sala del Círculo Artístico de Barcelona; una de las tres puertas está hermosamente decorada por los hermanos Oslé. En esta sala figuran, entre otros, cuadros de Pla y Rubio, Cusachs, Feliu, Tolosa, Borrell (J.), Ros y Güell, Gili y Roig, Larraga y Soler de las Casas y esculturas de Arnau Llissas, Renart y Ortells



Sección española.—Sala del «Círcol Artístich de Sant Lluch» de Barcelona. Hay en esta sala cuadros de Llimona (J.), Baixeras, Gálvez, Brull Mestres (F.), Tamburini, Barrau, Roig y Soler, Vancells, Baixas, Miralles Darmanin, Domenge, Raurich, etc., y esculturas de Blay y Centellas

AURETTE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)



Entró la huérfana con la cabeza erguida, pero con los ojos bajos

—Durante esos dos años, dijo para terminar, Sidonia vivirá con nosotros como hasta aquí; no sostenéis correspondencia clandestina, pero mis hijas y yo os tendremos al corriente de cuanto pueda interesaros. Si en ese intervalo mudabas de opinión...

Carlos hizo un ademán negativo; pero su padre, sin interrumpirse, añadió:

—...Sidonia recibirá el doble de la dote que actualmente le destino, tanto para rendir así tributo a la memoria de tu madre, como para ofrecerle una especie de indemnización del perjuicio que tu infidelidad le causara. Si es ella la que cambia de parecer, si se cansa de esperar, recibirá la dote que le he reservado. ¿No te parece todo esto, como me lo parece a mí, justo y razonable?

—Padre mío, dijo Carlos después de un momento de vacilación; lo que propones es, en efecto, justo y razonable y hasta generoso; pero dos años de esperar es demasiado...

—No lo es cuando hay que amarse toda la vida; si te casas con Sidonia con mi consentimiento, es preciso, para justificar mi debilidad, que tenga yo una especie de garantía de tu felicidad. Dos años son mucho para los que se aman un poco, pero no son nada para los que se aman de veras. Y tú no estás suficientemente preparado para la vida conyugal, según acabas de probármelo; no tienes todavía la prudencia de un jefe de familia... Con el tiempo, me darás las gracias por haberte hecho esperar.

Sin pedir ni obtener respuesta, tocó el timbre, y al criado que se presentó ordenó que suplicara a la señorita Sidonia que bajase. Durante los dos ó tres minutos que transcurrieron hasta la llegada de la joven, el padre y el hijo permanecieron callados.

Carlos sentíase agitado por sentimientos muy complejos: no podía menos de reconocer que su padre se portaba con él con gran moderación y hasta con mucha bondad; pero al propio tiempo estaba casi seguro de que Sidonia no aceptaría aquel fallo, pues si á él le parecían duros los dos años de prueba, serían intolerables para el carácter voluntarioso é insubordinado de aquella á quien amaba.

Sin verla tal cual en realidad era, la conocía bastante bien y se confesaba, no sin una secreta vergüenza, que no se había prendado de ella por lo que había de más elevado y mejor en su ser. La amaba por cualidades diferentes de las que hacen amar á una esposa y aun presentía vagamente que ella no le haría feliz. Su naturaleza, tierna y delicada como la

de Aurette, tenía una necesidad de simpatía y de confianza que sólo remotamente podía satisfacer Sidonia; ésta, más le irritaba que le encantaba, y á no haber ella querido obstinada y violentamente, no habría pensado él en darle su mano, sino que á las primeras mordeduras de su amor se habría alejado de ella apelando á la fuga.

Sidonia le había querido primeramente sin cálculo, porque su espíritu dominador se compadecía perfectamente con la bondad algo muelle de Carlos y porque sus juveniles instintos de despota hallaban en él la sumisión grata á los potentados.

Después le había amado cuanto su índole le permitía amar; y por último, el orgullo de entrar ella, la casi decaída, la señalada con la marca del pecado original, en una de las principales familias de la alta clase media angevina, el placer de triunfar, de vencer á la sociedad que la había tolerado, pero no admitido, habían juntado á su amor propio la ruda voluntad de los luchadores. Y ahora quería casarse con Carlos Leniel, y con él se casaría á todo trance.

Carlos ignoraba todo esto, pero en parte lo adivinaba y lo que veía era bastante para entristecerle profundamente. Ligado por sus compromisos y luego por el corazón—¿era realmente el corazón?—no podía volverse atrás, y sin embargo, cada vez que su padre había hablado de la posibilidad de un abandono de Sidonia, había comprendido, por la emoción dolorosa que tal idea produjera en lo más íntimo de su ser, que esa eventualidad, por cruel que pareciese, no era del todo inverosímil. El pertenecía á Sidonia, mas no estaba seguro de que Sidonia le perteneciera del mismo modo á él.

Entró la huérfana con la cabeza erguida, pero con los ojos bajos. La emoción de la espera y de la inquietud habían comunicado á sus facciones algo duras una singular delicadeza que la embellecía sobre toda ponderación. El Sr. Leniel fijóse en ello y reconoció en sus adentros que su hijo bien podía haberse dejado seducir por aquella belleza de un encanto irritable y caprichoso.

En dos palabras expuso su resolución, turbado por la aparente severidad de su discurso y también por la actitud, conveniente en apariencia, pero demasiado correcta para ser natural, de aquella joven indómita; y no la miró hasta que hubo terminado de hablar, precisamente cuando ella había bajado los ojos. Si hubiese sorprendido la mirada que Sidonia lanzó á Carlos, tal vez habría mudado inmediatamente su

decisión y con ello se habrían podido evitar no pocas desdichas; pero nada había visto. Cuando hubo terminado la exposición de sus propósitos, preguntó á la joven:

—¿Aceptas mis condiciones?

Sidonia bajó la cabeza con ademán afirmativo y salió en seguida, aunque sin mostrar demasiada precipitación. ¿Podía pedirle algo más?

Carlos dió las gracias á su padre con algunas frases faltas de calor y de sinceridad. ¿No tenía derecho á esperar algo más el Sr. Leniel? Esa actitud ofendió su corazón de padre, pero su alta filosofía y su natural indulgencia le inspiraron una idea de piedad para aquellos jóvenes cuyo cariño contrariaba.

«Después de todo—se dijo,—Carlos no puede partir hasta mañana... ¡Que tengan el día de hoy para despedirse! Con ello su constancia no se quebrantaría ni, más ni menos en el porvenir.»

Fué un día largo y penoso para todos. Hasta la noche, Sidonia evitó ostensiblemente toda ocasión de conversar con aquel á quien, sin embargo, podía considerar como su prometido, y no se apartó ni un momento de Aurette, siguiéndola á todas partes con insistencia tal, que llegó á fastidiarla.

Después de comer, reunióse la familia en la terraza; todos guardaban un silencio lúgubre, todos miraban vagamente en el espacio. Aurette dirigió una mirada suplicante á su padre, que la comprendió, puesto que tras alguna vacilación dijo sencillamente á los dos jóvenes:

—¿Por qué no vais á dar una vuelta por el parque? Aurette me hará compañía.

Su hija le dió las gracias con una cariñosa sonrisa. Sin hablarse, sin mirarse siquiera, Carlos y Sidonia, por tan extraño modo desposados, descendieron los cuatro peldaños de la escalinata, y juntos, y sin embargo alejados uno de otro, doblaron el ángulo de una de las alamedas envueltas ya en la sombra.

La apacibilidad de aquella hora era deliciosa; ascendían los astros en el firmamento, y un planeta brillaba con luz deslumbradora en medio de los esplendores del ocaso, que aún bañaba por occidente el horizonte con tintes rosados; silbaban los mirlos lejos y también muy cerca, en los sotos embalsamados por la madre selva. Aurette no había de olvidar aquella noche, como no olvidaría la anterior; cada una de las estrellas de aquel cielo debía clavar sus puntas de diamante en su corazón.

Los novios anduvieron largo rato bajo los oscuros

árboles; de cuando en cuando veíase reaparecer en el extremo de la alameda próxima á la casa la falda clara, que luego desaparecía en la sombra; su paso era lento, tranquilo; no se oía su voz ni la de Carlos.

La conversación, sin embargo, prolongábase tanto, que el Sr. Leniel se puso nervioso.

—¡Llámalos!, dijo á Aurette, que estaba silenciosamente sentada junto á él.

Como si le hubieran oído ó adivinado, los jóvenes reaparecieron en la explanada y volvieron á la casa. Carlos estrechó la mano de su padre, besó á su hermana con la punta de los labios y se apresuró á subir á su cuarto; Sidonia sentóse al lado de Aurette y permaneció inmóvil. No miraba los astros; sus ojos se fijaban obstinadamente en la alameda, entonces enteramente obscura, que tantas veces acababa de recorrer.

Esa inmovilidad, ese silencio, eran tan penosos para el Sr. Leniel, que se levantó para dar la señal de retirarse mucho antes de la hora de costumbre.

Sidonia no se separó de Aurette hasta el umbral de la puerta de su cuarto y tuvo encendida la luz hasta la madrugada á fin de que la raya luminosa que pasaba por debajo de la puerta fuese prueba segura de su presencia. Así transcurrió aquella última noche. A la mañana siguiente partió Carlos.

IV

Los días de aquella semana parecieron á los habitantes del Nido dos veces, por lo menos, más largos que los ordinarios, y cada cual por sus razones particulares esperaba con ansia el domingo siguiente; no parecía sino que la llegada de la fiesta dominical hubiera de interrumpir el curso de las ideas penosas ó desagradables de aquellos cuyo destino había tomado últimamente un sesgo imprevisto.

Según la costumbre, las mismas pompas religiosas debían repetirse aquel domingo, segundo de la Consagración, como se le llama en la comarca angevina. Julia, que había obtenido permiso para no figurar en la procesión á causa del extraordinario cansancio que experimentara la última vez que formó parte de ella, debía llegar al Nido el sábado por la noche y quedarse allí hasta el lunes por la mañana. Aurette sentía oprimirse el corazón ante la idea de comunicarle la decisión concerniente á su hermano y á Sidonia, porque sabía que esa noticia la contrariaría vivamente; ya en su infancia, en los comienzos de su vida en común, Julia no había podido nunca sentir la menor simpatía por aquel carácter tan distinto del suyo y por ende había de serle muy desagradable pensar que la huérfana sería su cuñada. Pero Aurette, como todas las personas valerosas, salía al encuentro de las desazones inevitables y estaba impaciente por afrontar de una vez la borrasca que la noticia desencadenaría en Julia.

No obstante, cuando el sábado por la tarde la vio llegar, fatigada por el calor y por el trabajo de la semana, pues Julia se consagraba á sus estudios de una manera extraordinaria á fin de terminarlos en breve definitivamente; cuando vio aquellas delicadas facciones consumidas por el cansancio y por el crecimiento, tuvo lástima de aquella hermana á la que servía de madre desde hacía tanto tiempo, y resolvió ahorrarle por aquella noche el mal rato.

Desde que Carlos partiera, Sidonia habíase mostrado impenetrable; no había dicho una sola palabra relativa á su matrimonio; ni una frase de gratitud ó de queja habían proferido sus labios, como si no hubiese sucedido nada que pudiera interesarle. Con el Sr. Leniel estaba cortés y silenciosa; con Aurette, indiferente sin frialdad; parecía no recordar aquel acceso de brusca ternura que una sola vez la había impulsado á pronunciar algunas palabras de confianza. Cualquiera que la hubiese visto en aquella casa, nunca habría creído que su situación en ella, á pesar de la restricción impuesta por el Sr. Leniel, se había en realidad modificado enteramente.

Al día siguiente, disponíanse las dos hermanas á oír la última misa en San Mauricio; su padre, muy molestado por el excesivo calor, había resuelto no acompañarlas, pero les había recomendado que se llevaran á Sidonia.

Mientras enganchaban el coche, Aurette llamó á la puerta del cuarto de la huérfana para avisarla, y como nadie le contestara, después de esperar un instante entró en la habitación. Era un dormitorio de soltera parecido á todos los demás, claro y bien arreglado; nada en él denotaba una preferencia particular por algo, fuese lo que fuere, y más bien parecía una rama en donde el pájaro se posa que el nido en que habita.

Aurette, convencida de que Sidonia no estaba allí, retiróse cerrando la puerta y dijo á su camarera que la buscara; grande fué su sorpresa cuando supo que

la señorita se había marchado á pie, sola, una hora antes, diciendo que iba á misa.

«¡Vaya una ocurrencia extraña! —pensó Aurette.— ¡Siempre el mismo orgullo!»

Reprimió un suspiro á punto que entraba Julia dispuesta á acompañarla; no había medio de aplazar la desagradable comunicación, así es que se resignó á hacerla. Su hermana, contra lo que ella esperaba, casi nada dijo, sino que la escuchó con los ojos bajos y los labios un tanto apretados, prorrumpiendo sólo de vez en cuando en una exclamación. Cuando Aurette hubo terminado, siguió guardando silencio.

—¡Vamos, Julia! Supongo que no querrás permanecer callada hasta la consumación de los siglos; vale más que te desahogues en seguida.

Iban en el landó descubierto y estaban ya cerca de la catedral.

—Pues bien, dijo pausadamente Julia; todo esto me parece repugnante. Me preguntas mi parecer y te lo doy.

—¡Hay que ser indulgente!, repuso Aurette en tono de reproche.

—No puedo; á muchas criadas se las despide con menos motivo.

—¡Oh, Julia, cállate!

—...Y las criadas son menos culpables. Hermana mía, digo las cosas tal como las pienso.

—Espero que algún día pensarás de otro modo.

El coche pasaba entonces por delante de la fachada posterior de la catedral, por el extremo de la calle de Saint-Aubin; Julia hizo un movimiento brusco.

—¿Qué te pasa?, preguntó su hermana.

—¡Ahí van!

—¿Quiénes?

—Carlos y Sidonia.

—¡Estás soñando! Carlos se halla en París.

—Te digo que están ahí, replicó Julia encogiendo los hombros con ademán impaciente; en esa calle... y van de braceró.

—¿Pero dónde?

—¡Pare, José!, gritó Julia al cochero.

Éste detuvo los caballos y Aurette miró en la dirección indicada.

—Te has equivocado, dijo sintiéndose aliviada de un gran peso.

Julia, sin contestarle, abrió la portezuela del landó y echó á correr por la calle de Saint-Aubin. Aurette, perpleja, no sabía si seguirla, cuando la vio detenerse delante de la puerta cochera del hotel del Caballo Blanco.

Era la hora del almuerzo y muchos hombres se dirigían al restaurant del hotel, famoso por su buena cocina. Varios oficiales de la guarnición hablaban entre sí en el pequeño patio, y algunos alumnos de la Escuela de caballería de Saumur, con sus elegantes uniformes, acercábanse al establecimiento en grupos de dos ó de tres; toda aquella juventud brillante volvíase hacia Julia para contemplar á la audaz muchacha, pero ella ni siquiera los vio: en el momento en que se paraba delante de la puerta, Carlos, llevando del brazo á Sidonia, desaparecía por el ángulo opuesto del patio.

Los oficiales miraban á Julia y algunos caballeros de la población habíanse detenido también y se preguntaban qué iría á hacer allí sola, á aquella hora, la hija menor del Sr. Leniel. Al fin la joven se dió cuenta del papel desairado que estaba haciendo y con las mejillas enrojecidas regresó al coche cuando Aurette se disponía á bajar.

—¡Ahí están!, dijo Julia con voz ahogada. ¡En el restaurant!

Pasaba entonces por allí el notario de la familia, que iba á misa con su mujer y sus tres hijos y que saludó, quitándose el sombrero con tanta sorpresa como respeto, á las hijas de su cliente, sin comprender qué buscaban en aquellos sitios. Estas contestaron al saludo, en tanto que los oficiales y los jóvenes, en el umbral de la puerta cochera, miraban el landó haciendo humorísticos comentarios.

—¿Estás segura de ello?, preguntó Aurette, que sentía cómo sus oídos zumbaban y se turbaba su vista.

—Enteramente segura; si no, pregúntalo. Bien sabes que en el Caballo Blanco todo el mundo le conoce.

Aurette comprendió que era forzoso adoptar una resolución inmediata; su emoción había sido demasiado notada para que pudiera recurrir á paliativos. Así es que hizo subir á Julia al coche y dijo al cochero:

—Vaya hasta la puerta del hotel del Caballo Blanco.

José, estupefacto como no lo había estado nunca en su vida, obedeció. Aurette bajó en medio de la pollería civil y militar, que estuvo muy correcta y le abrió paso respetuosamente. Un criado, con la servilleta en la mano, acercábase al coche.

—¿Está aquí mi hermano, D. Carlos Leniel?, preguntó con voz firme.

—Sí, señorita.

—¿Desde anoche?

—No, señorita, desde las diez y media de esta mañana.

—¿Está en su cuarto?

—No, señorita, en este momento ha entrado en el restaurant.

Otro criado, que se había aproximado á ellos, dió un violento codazo á su colega: aquel hombre no tenía obligación de conocer á Sidonia y entendía que no hay que denunciar á sus familias á los señoritos que van al restaurant á almorzar con una señora.

—Está bien, dijo Aurette; no les diga usted nada. Muchas gracias.

Y sin precipitarse, volvió al landó, sentóse y dió al cochero, que estaba enteramente pasmado, orden de volver á su casa.

En la especie de niebla que envolvía sus ojos y sus ideas, Aurette entrevió todavía dos ó tres caras conocidas, con las que cambió el saludo, aunque sin poder conocerlas fijamente; Julia, mucho más dueña de sí misma, iba apuntando en su memoria todo lo ocurrido para recordarlo más tarde.

El Sr. Leniel, extrañado de que regresaran tan pronto, había salido á la escalinata en cuanto oyó las ruedas del coche, y al ver á sus hijas comprendió que había sucedido alguna desgracia; pero lejos de sospechar la verdad, sus ideas volaron en dirección contraria.

—¿Qué le ha pasado á Sidonia?, exclamó poseído de un espanto mortal. ¿Se ha suicidado?

—¡Ojalá!, contestó Julia saltando del coche y corriendo hacia su padre, que la contempló sin poder articular una palabra.

Aurette había cogido el otro brazo del Sr. Leniel y entre las dos casi hubieron de llevarlo hasta su butaca.

—¿Qué ha sucedido?, preguntaron sus labios, secados por la angustia.

—¡Casi nada!, respondió Julia con acento resuelto. En este momento almuerza con Carlos en el Caballo Blanco, á vista y presencia de toda la ciudad.

El Sr. Leniel miró alternativamente á sus dos hijas como si esperara que le dijeran que no era cierto aquello que oía; pero Aurette, con más circunspección que su hermana, le confirmó la triste verdad.

—¡Dios mío!, exclamó. ¿Qué se proponen esos desgraciados! ¿Deshonrarnos?

—Lo ignoro, papá, respondió Aurette; pero no han podido todavía causar gran daño porque Carlos ha llegado de París esta mañana á las diez y media, y Sidonia, que salió á pie, no nos llevaba diez minutos de delantera.

El Sr. Leniel se levantó con una energía que no creía tener.

—Supongo que no habrán desenganchado el coche, dijo. Voy allí.

—Papá, no vaya usted solo, se lo ruego, díjole Aurette con voz suplicante.

—Bueno, me llevaré al criado en el pescante ¡Adiós!

Besólas precipitadamente y subió al landó que le aguardaba al pie de la escalinata. José, por el modo como le habían sido dadas las órdenes, comprendió que el tiempo era precioso; así es que, á pesar del sol abrasador que caía, nunca se mostraron más briosos sus caballos.

Cuando se detuvieron delante del hotel del Caballo Blanco, sólo por el gesto con que el Sr. Leniel llamó á un criado, comprendió éste que se trataba de un grave asunto.

—¿Está aquí mi hijo?, dijo con voz imperiosa.

—Creo que sí, señor; hace un momento estaba.

—¡Sirvase usted rogarle que venga.

El criado se dirigió á la sala del restaurant, casi desierta entonces, en donde Carlos y Sidonia, mudos delante de sus tazas de café vacías, parecían más bien dos criminales que dos amantes al fin dueños de sí mismos.

—Señorito, dijo el criado en voz baja, el Sr. Leniel ruega á usted que haga el favor de salir.

—¡Vamos!, respondió sencillamente Carlos dirigiéndose á su compañera.

Sidonia se levantó y le siguió. Carlos dió una moneda de veinte francos al mozo y se encaminó al coche; allí se había reunido, como por casualidad, todo el personal del hotel, intrigado por aquella aventura.

—¡Subid!, dijo secamente el Sr. Leniel.

Sidonia subió la primera.

—A mi lado, ordenó el jefe de la familia.

La huérfana obedeció. Su corazón latía con violencia, pero se mostraba serena. ¿Acaso no era aquello precisamente lo que ella había buscado?

—¡A casa!, dijo el Sr. Leniel al cochero. Vaya

usted por el Mail y por los bulevares y no demasiado aprisa.

El coche echó á andar por las calles de la ciudad engalanadas para la procesión; por ellas circulaba mucha gente y no eran menos los que estaban en las ventanas preparando los adornos para la tarde. Casi todos los comerciantes conocían al rico banquero y le saludaban á su paso; las señoras debían estar ya enteradas de la singular aventura de la mañana, puesto que miraban á Sidonia con más curiosidad que benevolencia. La huérfana permanecía, como siempre, impenetrable é impasible; Carlos hubiese querido estar á cien leguas de allí, y á pesar del esfuerzo que hacía no podía disimular su disgusto; el Sr. Leniel devolvía todos los saludos y soportaba todas las miradas con maravillosa sangre fría.

Al fin el suplicio terminó y el coche emprendió el camino del Nido. Era un alivio no verse ya objeto de las miradas, pero la crisis hacía inminente. Llegaron finalmente á casa é inmediatamente hallóse reunida la familia en el salón.

El Sr. Leniel con un gesto hizo salir á sus hijas; las piernas le temblaban y tuvo necesidad de sentarse. Los culpables permanecieron en pie.

—¿Cuál era vuestra intención al obrar como habéis obrado?, preguntóles entrando desde luego en el fondo del asunto.

Sidonia no contestó; dijérase que no había oído la pregunta. Carlos miró de frente á su padre con una mezcla de cariño y de lástima. Era un mozo honrado, débil, pero bueno y sincero; se daba cuenta del mal que hacía y se le desgarraba el corazón pensando en ello. Además, el papel que representaba desde hacía algunos meses pesábase extraordinariamente y casi se sentía dichoso de poder al fin salir de aquella situación.

—He venido de París esta noche, dijo; Sidonia se ha juntado conmigo en la catedral y en seguida hemos ido al sitio en donde usted nos ha encontrado. Nos proponíamos tomar el tren de las cinco y marcharnos á París. Habría recibido usted la noticia de nuestra partida antes de la hora de comer y le habríamos pedido su consentimiento para nuestro matrimonio.

—¿Por qué os habéis presentado en público juntos?, preguntó el Sr. Leniel.

Por vez primera comprendió entonces Carlos el alcance de su acción y parecióle tan odiosa que se sintió aterrado. Cuando Sidonia le había demostrado que la prueba de dos años ordenada por su padre era absurda é insostenible, Carlos, magnetizado por ella y turbado el juicio por los sutiles argumentos que ella empleaba, había aceptado el plan, completamente preparado, que le había impuesto, y lo había ejecutado en una especie de embotamiento moral mezclado con cierta nerviosa impaciencia que le privaba de todo dominio sobre sí mismo. Durante su corta separación, había tenido diariamente cartas que le habían mantenido en una semialucinación y no había podido reflexionar un solo instante; pero ahora, ante una interrogación directa, comprendió que se había portado como un malhechor y bajó la cabeza sin contestar.

Sidonia acudió en su auxilio; veía brillar los ojos del Sr. Leniel de una manera inquietante y juzgó que debía aceptar su parte de responsabilidad.

—Sabíamos, dijo, cuánto respeta usted la opinión pública; el miedo á esa opinión era lo que le impulsaba á negar un consentimiento real á nuestro matrimonio, porque esa prueba de dos años no significaba

para usted otra cosa que un medio de separarnos de una manera segura. En su consecuencia, nos pareció que no vacilaría usted si por la ciudad corría la voz de que éramos novios.

—¿Conoces algún hombre que lleve á su novia á comer al restaurant?, preguntó el Sr. Leniel con terrible ironía. Di la verdad, ¿has creído que yo no podría negar mi consentimiento si la gente decía que eras la

reprimir una mirada á su cómplice, que el Sr. Leniel sorprendió al vuelo.

—Mi hijo era bueno, dijo; era honrado y amaba á su padre y á toda su familia; todo el mundo le estimaba y él lo merecía. Usted ha destruido ese pasado y ¿con qué porvenir lo reemplazará? No quiero saberlo.

—¡Padre mío!, exclamó Carlos con los ojos preñados de abrasadoras lágrimas y el corazón devorado

por los remordimientos. ¡Padre querido! ¡Tenga usted compasión..., se lo suplico!

El Sr. Leniel, sin mirarle, hizo un signo negativo.

—Algún día, dijo el infortunado joven con voz alterada, algún día reconquistaré la estimación de usted, y usted me perdonará en vista de mi arrepentimiento.

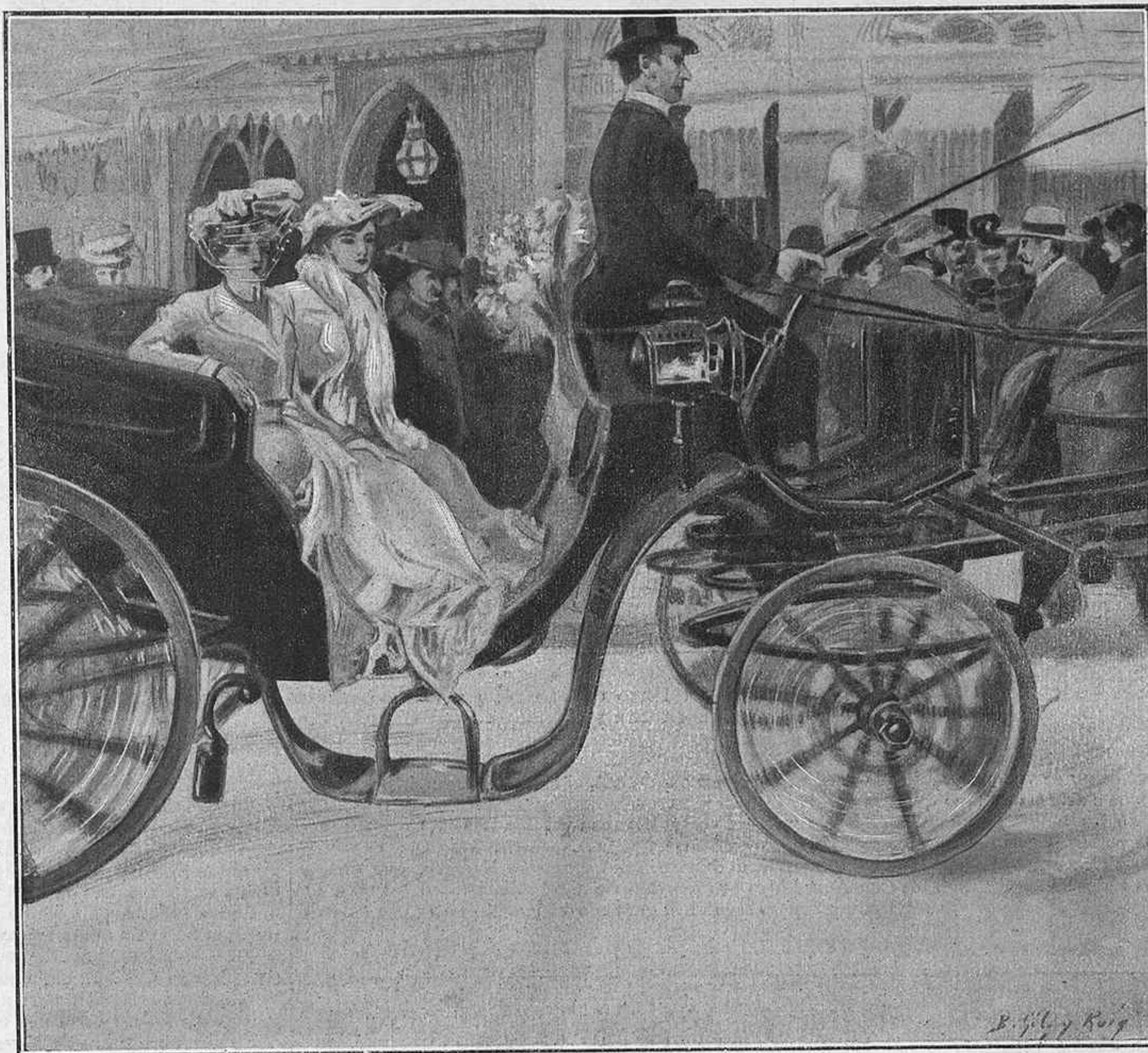
—No lo creo, respondió el padre. Sin embargo, eres mi hijo y te he amado entrañablemente y esto podría hacer que me dejara vencer por alguna debilidad; pero de ello me guardará tu mujer, porque desde este momento ella y tú no sois más que uno y á ella jamás la perdonaré. Y ahora, idos.

Los dos jóvenes salieron como Adán y Eva arrojados del Paraíso.

Cuando estuvieron solos en el vestíbulo, Carlos dijo á Sidonia.

—¡Ya no puedo ser dichoso! ¡Mi padre me guardará rencor mientras viva!

—Estose dice en semejantes casos, repuso Sidonia con su voz sosegada, pero al fin siempre se perdona.



¡Ahí van!

amante de mi hijo? ¿Has pensado que el viejo banquero haría honor á sus compromisos y no permitiría que le acusaran de no haber vigilado bastante lo que en su casa sucedía? ¿Has combinado perfectamente tus planes! Pero ¿si por casualidad me negara yo á aprobarlos?

Sidonia encogió la barba, bajó los ojos y guardó silencio; Carlos dió un paso hacia su padre, quien le contuvo con un ademán.

—Padre mío, dijo, sé cuán culpables somos; acabo de comprenderlo de un modo muy cruel. Juro á usted, sin embargo, que nuestro único deseo era obtener su consentimiento.

—¡Ya lo veo!, exclamó el Sr. Leniel con ironía.

—Sidonia es pura, siguió diciendo Carlos; la he respetado y habría continuado respetándola. Sidonia se respeta á sí misma, y por grande que sea nuestra ofensa, no lo es tanto como al parecer cree usted.

—¿Pura? Materialmente puede que sí; pero moralmente está degradada. Preferiría, os lo digo sinceramente, que en vez de apelar á esos cálculos sabios os viérais obligados á recurrir á ese extremo para reparar una falta; entonces habríais podido invocar la disculpa de la juventud y de la pasión. ¡Pura, la que ha engañado, mentido, traicionado!.. ¡Ha triunfado usted, señorita! Será usted la esposa de mi hijo, pero suceda lo que suceda no será usted nunca mi hija.

Sidonia conservaba su aspecto impasible; el anuncio de aquel deseado consentimiento que se le arrojaba como una injuria y se le concedía como un castigo, ni siquiera la hizo estremecerse.

—¿Queréis casaros pronto? Os casaréis dentro de quince días y esta misma tarde se anunciará vuestra boda. Carlos partirá para París á las cinco y no regresará hasta el momento de la ceremonia, ni una hora antes. En el entretanto, Sidonia continuará aquí. El día mismo del casamiento os marcharéis y nunca más volveré á oír hablar de vosotros. Pero acuérdesse usted, señorita, que todas las consecuencias de ese acto, próximas ó remotas en el tiempo ó en la eternidad, caerán sobre su cabeza.

La huérfana, á pesar de su endurecimiento no pudo

La Sra. de Bertholón, en vez de llegar, como solía generalmente, una ó dos horas antes, llegó en el momento preciso en que la campana daba el primer toque de la comida; estaba risueña y fría como de costumbre, y para aquel día habíase provisto de una inagotable colección de trivialidades que mantuvieron la conversación en la mesa. Sin que la intimidaran la taciturnidad de Raúl, ni el humor hosco de Julia, ni la turbación de Aurette, ni las distracciones visibles del Sr. Leniel que sólo conseguía sacudirlas un momento para en seguida caer de nuevo en ellas, habló tranquilamente, derramando la ola monótona de sus frases sobre los comensales más ó menos consternados. Sidonia era la única que le contestaba con un brío que le atraía las miradas indignadas de Julia.

El viento había refrescado y la estancia en la terraza no resultaba muy agradable; por este motivo sirvióse el café en el salón. Así que se hubo retirado el criado con la bandeja, el Sr. Leniel acercóse á la Sra. de Bertholón y le participó, sin levantar la voz, como la cosa más natural del mundo, la próxima boda de su hijo con Sidonia.

—¡Ah, de veras!, exclamó aquélla. ¿Conque es ya cosa resuelta? ¿Resuelta del todo? Sea enhorabuena.

Y dedicó al padre y á la novia un movimiento de cabeza rápido, que expresaba sin duda sus sentimientos de un modo muy exacto, y luego miró á Aurette con singular atención.

—Algo de eso me habían dicho en la ciudad esta mañana, dijo apartando los ojos de Aurette para fijarlos nuevamente en el Sr. Leniel; pero no había querido dar crédito á la noticia. ¡Se oyen cosas tan extraordinarias! ¡Si hubiéramos de creer todo lo que se dice! Y Carlos ¿cómo no está aquí?.. ¿Ha vuelto á marcharse?

Julia sentía unas ganas irresistibles de hacer algo que molestara á la Sra. de Bertholón, y lo habría hecho indudablemente si no hubiese visto la mirada dolorosa que Aurette dirigía á su padre.

(Se continuará.)

PARÍS. — UNA ASCENSIÓN AEROSTÁTICA MONSTRUO

A las siete y media de la tarde del 27 de abril último elevóse en el parque del Aero-Club de Francia el globo *Aigle*, de 4.150 metros cúbicos, tripulado por los diez conocidos pilotos-aeronautes Jorge Besançon, conde G. de Castillon de Saint-Victor, Renato Garnier, Esteban Giraud, Alfredo Leblanc, Jorge Le Brun, Francisco Peyrey, Santos Dumont, Pablo Tissandier y Ernesto Zens.

Diez minutos después, elevábase en el mismo sitio el *Micromegas*, pequeño globo de 400 metros cúbicos, tripulado por Jorge Bans.

La salida de ambos globos fué presenciada por numeroso y elegante público, en el que figuraban los más distinguidos aeronautas y deportistas.

El objeto de esa ascensión doble era poder comparar las ventajas y los inconvenientes de dos aerostatos de tan diversas dimensiones. El *Aigle*, con 400 kilogramos de lastre, tomó, una vez en el aire, la dirección de Bretaña, Nantes y la desembocadura del Loire; el *Micromegas*, con 80 kilogramos de lastre, aproximóse más á la línea Norte-Sur.

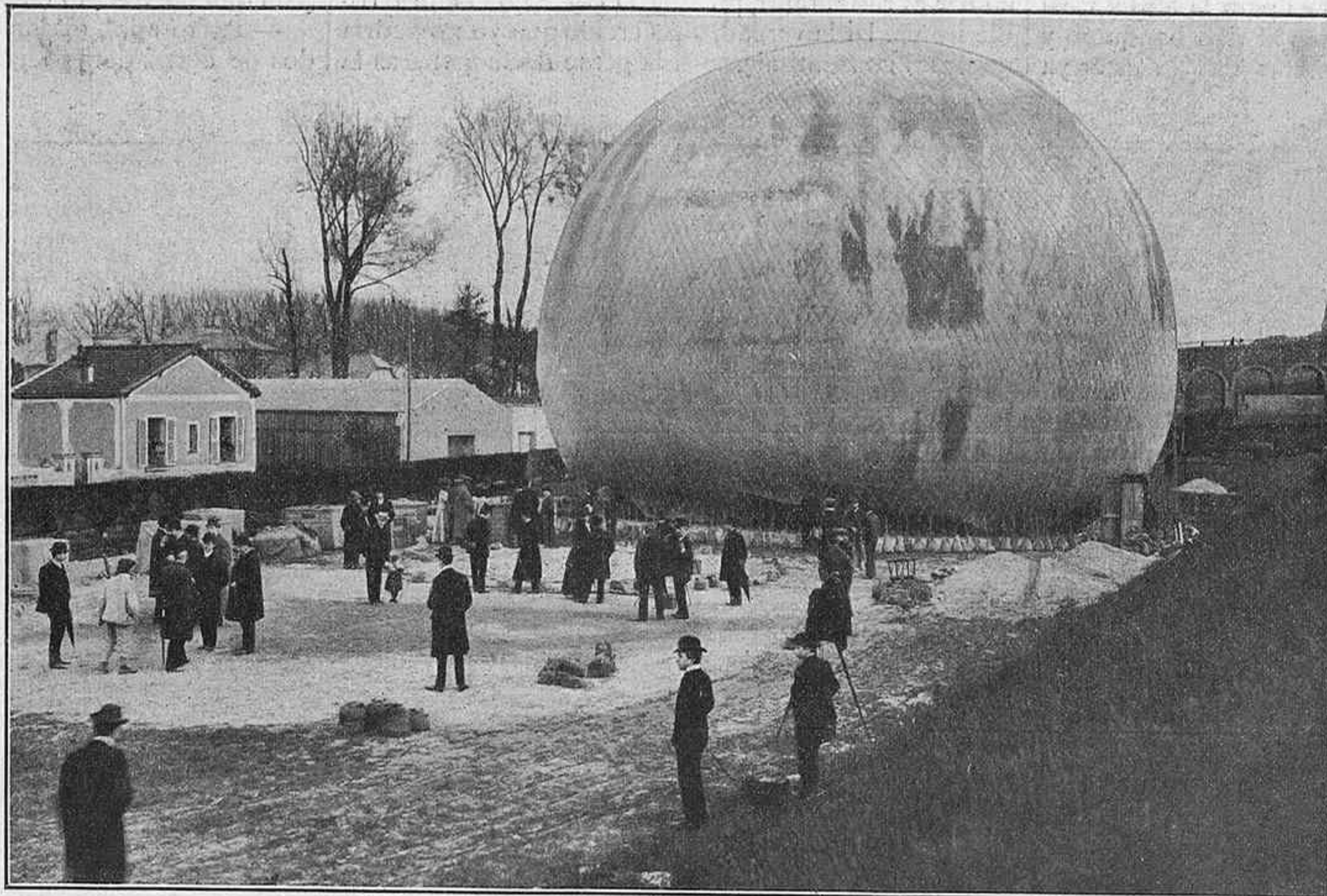
El *Aigle* descendió á las diez y treinta y cinco de la mañana siguiente en Blois; el *Micromegas*, á las siete y cuarenta, en Montmorillon, en el departamento del Vienne, es decir, mucho más lejos que el otro.

El viaje de ambos globos fué felicísimo y se vió favorecido por un tiempo hermoso y por una noche clarísima de luna que permitió á los aeronautas disfrutar de los bellos panoramas que, en su rápida marcha, veían desarrollarse á sus pies.

La comparación de las observaciones efectuadas por los respectivos aeronautas dirá si para estos viajes son preferibles los globos gigantes ó los pigmeos. — S.

contribuyó también no poco la hermosura del lugar en que se celebraba.

Cincuenta y seis vehículos de las mejores marcas conocidas habíanse inscrito para la prueba, pero sólo cuarenta y seis tomaron en ella parte. A las cinco y cuarenta minutos emprendió



PARÍS. — ASCENSIÓN DE LOS GLOBOS «AIGLE» Y «MICROMEGAS», DE 4.150 Y 400 METROS CÚBICOS RESPECTIVAMENTE HENCHIMIENTO DEL «AIGLE.» (De fotografía de M. Rol y C.^a)

la marcha el primer automóvil, al cual siguieron los demás á intervalos de tres minutos.

En la primera vuelta llevaban ventaja Lancia, Cagno, Trucco y Nazzaro; en la segunda, Nazzaro, Wagner, Lancia y Duray; en la definitiva, salió vencedor Nazzaro, que dirigía un *Fiat* é hizo el recorrido de 450 kilómetros en 8 horas, 17 minutos y 36 segundos, ganando el premio de 15.000 francos

Espectáculos. — PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Sarah Bernhardt *Adrienne Lecouvreur*, drama en seis actos de Sarah Bernhardt; en la Opera Cómica *Circe*, poema lírico en tres actos de Edmundo Haraucourt, música de Pablo y Luciano Hillemaier; en Dejazet *Madame la Douanne*, comedia en cuatro actos de A. Dinter y J. La Rode, en el teatro Antoine *Timon d'Athènes*, comedia en cinco actos de Emilio Fabre; en los Bouffes Parisiens, *Papillon*, comedia en tres actos de Renato Peter y Roberto Danceny; en el teatro Rejane *Deux Madame Delange*, comedia en tres actos de Gabriel Maurey; en el Ambigu Comique *Le p'tit Mitron*, comedia en cinco actos de Enrique Demesse; en el teatro Moliere *La maison à l'envers*, comedia en tres actos de Ferri-Pisani y Carlos Marcel; y en Capucines *Son petit frère*, opereta en dos actos de Andrés Barde, música de Carlos Cuvillier; *Marcheuse*, comedia en un acto de A. Germain y R. Trebor, y *Le porte-cartes*, comedia en un acto de Enrique Falk.

BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La niña dormida al bosch*, cuento lírico en dos actos y cuatro cuadros, letra de Manuel de Montoliu, música de Federico Alfonso y decorado de Castells; en el Eldorado *La zancadilla*, entremés de los hermanos Alvarez Quintero; y en Romea *Massa tarit*, comedia en un acto de M. Marinello.

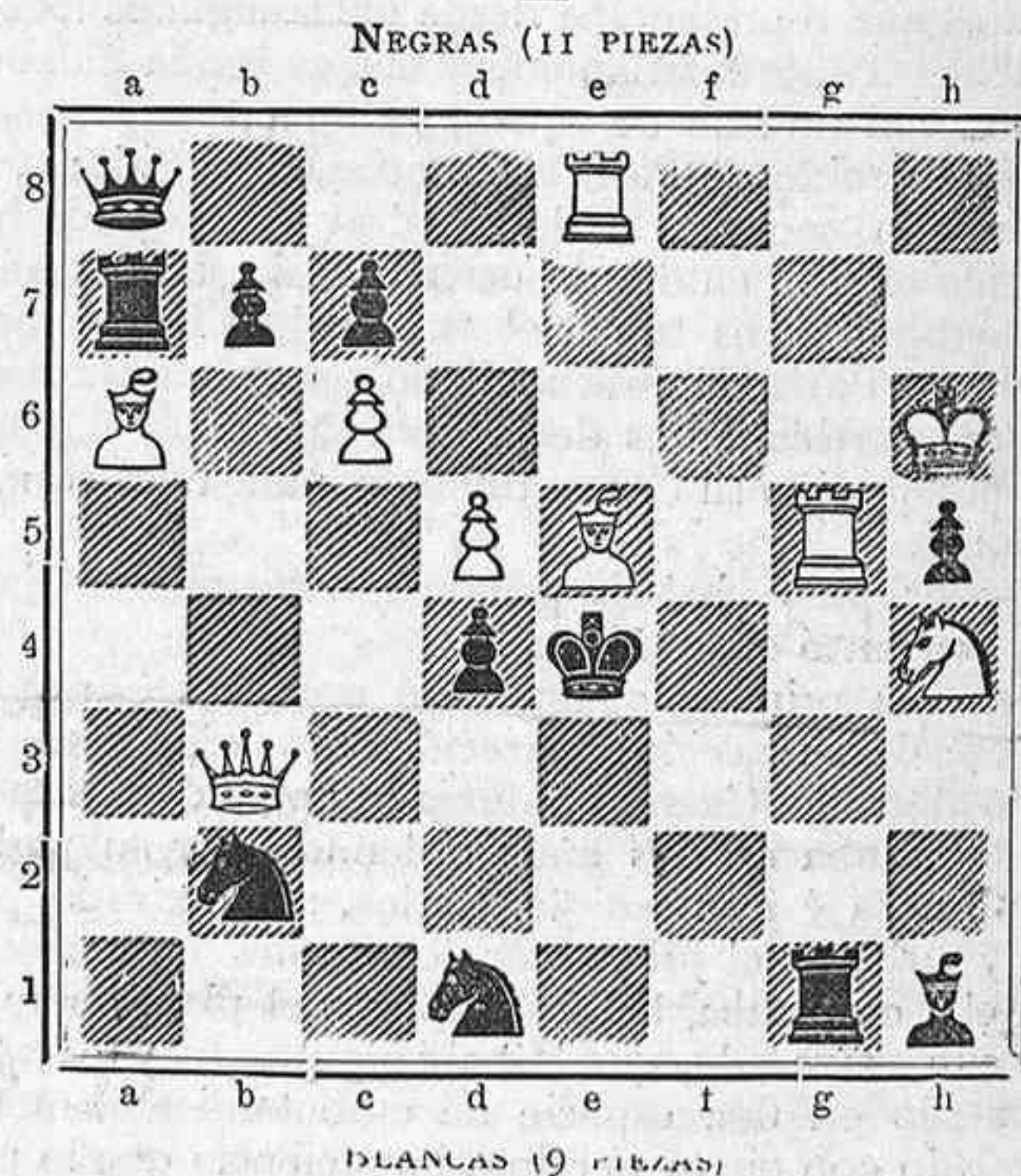
Las tres representaciones de *Carmen* en el Principal han sido otros tantos triunfos para María Gay. También lo han sido los conciertos dados en el mismo teatro por los eminentes pianistas Pugno y Rissler; este último, contratado por la Academia Granados, ha dedicado exclusivamente las tres audiciones á las sonatas para piano de Beethoven, que ejecuta é interpreta de una manera maravillosa.

En el teatro de Novedades ha dado tres conciertos el famoso violinista Kubelik; el público ha premiado con entusiastas ovaciones su ejecución portentosa y su gran talento como intérprete de los maestros más eminentes.

En el mismo teatro de Novedades han logrado calurosos y merecidos aplausos el tenor Palet y el barítono Maurel; este último ha dado algunas representaciones de *Otelo* y *Rigoletto*, demostrando en ambas que si ha perdido algo de sus facultades vocales, aun conserva la maestría y el arte incomparable que le conquistaron fama de cantante y actor eminentísimo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 461, POR V. MARÍN.



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 460, POR V. MARÍN.

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D h1-h4 | 1. Rd6xc5 |
| 2. Ta1-a5 jaque | 2. Cualquiera. |
| 3. D mate. | |

VARIANTES

- 1..... Rd6-c7; 2. Dh4-d8 jaq., etc.
Rd6-e5; 2. Dh4-g3 jaq., etc.
a7xb6; 2. Ta1-d1 jaq., etc.

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM
créé par VIOLET, 29, rue ITALIENS, Paris.



ITALIA. — PRUEBA TARGA FLORIO EFECTUADA EN BONFORNELLO (SICILIA). EL VENCEDOR NAZZARO, DESPUÉS DE SU TRIUNFO. (De fotografía de M. Rol y C.^a)

LA TARGA FLORIO

La *saison* de los concursos automovilistas se ha inaugurado en Italia con la carrera llamada Targa Florio, que se efectuó el día 21 de abril último en la llanura de Bonfornello, situado á 50 kilómetros de Palermo. Esa prueba, considerada por los italianos como institución nacional, había despertado gran interés en el mundo deportivo, y en ella debía recorrerse el circuito siciliano, de una longitud de 150 kilómetros que, repetida tres veces, da un total de 450.

Desde las primeras horas de la mañana, los trenes salieron atestados de viajeros ansiosos de presenciar la interesante carrera, y las tribunas levantadas junto al punto de partida no tardaron en llenarse, ofreciendo un aspecto en extremo animado y pintoresco.

Un tiempo bellísimo favoreció la fiesta á cuyo esplendor

y la Targa Florio, de oro, cuyo valor es de 8.000 francos. Los demás premios fueron concedidos por el orden siguiente: uno de 8.000 francos á Lancia (marca *Fiat*; tiempo empleado: 8 h. 29 m. 29 s.); otro 4.000 y medalla de oro á Fabry (marca *Itala*; tiempo empleado: 8 h. 32 m. 47 s.); otro de 2.000 y medalla de oro á Duray (marca *Lorraine-Dietrich*, tiempo empleado: 8 h. 39 m. 52 s.), y otro de 1.000 y medalla de oro á Cagno (marca *Itala*; tiempo empleado: 8 h. 39 m. 17 s.).

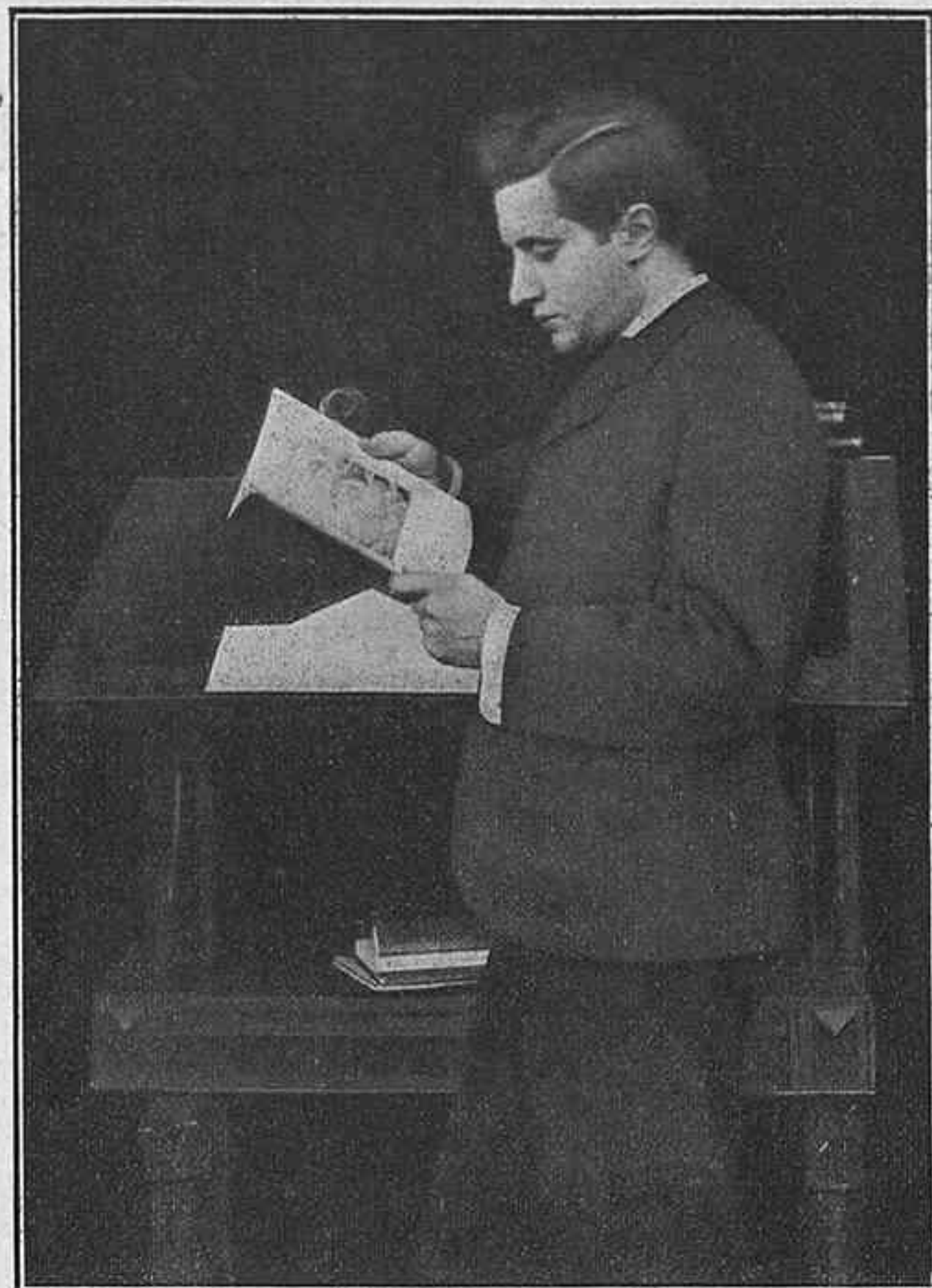
Nazzaro, el vencedor en esa prueba, ha sido durante varios años *chauffeur* del caballero Florio, fundador del premio de su nombre, y ha figurado en uno de los primeros lugares en los célebres concursos de la Copa Gordon-Bennet y de la Copa Vanderbilt.

La prueba Targa Florio, que en un principio se estimaba como simple esfuerzo de un *sportman* apasionado, hoy interesa á los automovilistas de todo el mundo. — D.

BARCELONA. — TEATRO PRINCIPAL. — «LA NIÑA DORMIDA AL BOSCH.»

Ese cuento lírico en dos actos y cuatro cuadros, puesto en escena en el teatro Principal, ocupará lugar preferente en la serie numerosa de grandes éxitos logrados por el notable artista Sr. Graner, á cuyo cargo están la empresa y la dirección del decano de nuestros coliseos y que con sus espectáculos audiciones viene realizando una obra de cultura altamente meritoria.

El asunto del cuento es bien conocido. El nacimiento de una hija colma los deseos de los reyes, que solemnizan con grandes fiestas tan fausto suceso. Mientras se celebra el banquete aparece Merlín, el cual profetiza que la princesa quedará encantada el día que vea reproducido su rostro; el hada del palacio suaviza el rigor de la predicción diciendo que cesará el encanto cuando un galán valeroso y enamorado la despierte. Cúmplase la fatal profecía: la princesita ha visto reproducida su imagen en el estanque del castillo; y ella y toda su corte, palacio y jardines quedan encantados. Transcurren trescientos años, y en el bosque que rodea el castillo aparece el príncipe que, despreciando los peligros y los terrores de las populares consejas, se lanza con fe y entusiasmo á la atrevida empresa y logra llegar hasta la princesa dormi-



MANUEL DE MONTOLIU



FEDERICO ALFONSO

Autores de la letra y de la música respectivamente de *La niña dormida al bosch*, cuento lírico en dos actos y cuatro cuadros, estrenado con gran éxito en el teatro Principal

da y despertarla con un beso, que hace cesar el encantamiento. Tan poético tema ha sido hermosamente tratado por el señor Montoliu; el libro, por éste escrito en bellísimos versos,

Para todos ha sido un triunfo *La niña dormida al bosch*; á todos felicita sinceramente y con entusiasmo LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. — M.

tiene toda la delicadeza y toda la ingenuidad de los cuentos infantiles, y así la acción como la forma, de sencillez y armonía encantadoras, producen en el ánimo del espectador una sucesión no interrumpida de dulces é inefables sensaciones.

La música, del Sr. Alfonso, adaptación admirablemente á las diversas situaciones creadas por el poeta, y en medio de su rica variedad conserva siempre esa pureza, esa frescura que tan bien armonizan con el carácter del libro; es una partitura no sólo inspiradísima, sino además perfectamente instrumentada, una ópera en la verdadera acepción de la palabra.

El poeta y el compositor, compenetrados de unos mismos sentimientos, han sabido llegar al alma del público, sin apelar á otros recursos que á la sinceridad y á la espontaneidad, cualidades primordiales de toda manifestación de arte y de poesía.

La parte escenográfica corresponde dignamente á la belleza del libro y de la música: las decoraciones del Sr. Castells son de un efecto sorprendente por su originalidad, por su entonación y por su riqueza.

APIOLINA CHAPOTEAUT SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO

MEDALLAS ORO y PLATA

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



Historia general del Arte

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gléptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 8 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre Depurativo Vegetal *

cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Co, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.



PECHO IDEAL

Desarrollo — Belleza — Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO

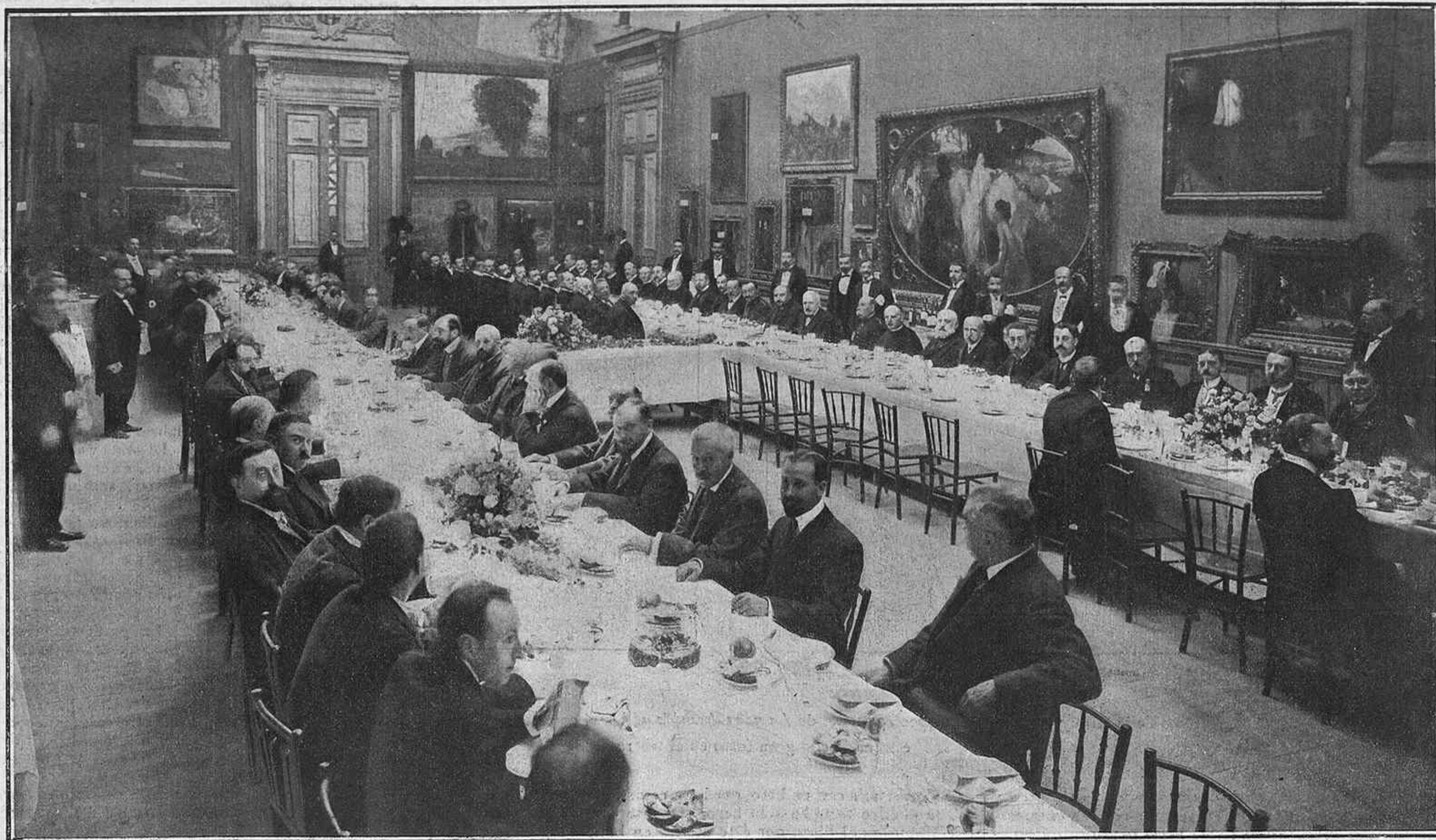
AROUD

CARNE — QUINA — HIERRO

El más poderoso Regenerador.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



BARCELONA. — Banquete dedicado por el Ayuntamiento á los organizadores de la V Exposición Internacional de Bellas Artes, al jurado, á las autoridades y á otras personalidades de esta ciudad y extranjeras, con motivo de la visita oficial de la exposición efectuada el día 26 de los corrientes, víspera de la inauguración. (De fotografía de A. Merletti.)

El día 26 del mes próximo pasado, víspera de la inauguración oficial, el Ayuntamiento, acompañado de las autoridades, cuerpo consular, representantes de corporaciones, periodistas y algunas personalidades ilustres, visitó la exposición para poder apreciar los trabajos realizados por la comisión ejecutiva y por el jurado de admisión.

Después de la visita, que produjo una impresión excelente en el ánimo de cuantos la hicieron, celebró el banquete con que el Ayuntamiento obsequiaba á los organizadores de la exposición y al cual asistieron las representaciones antes mencionadas.

Al destaparse el champagne, el alcalde Sr. Sanllehy dió las gracias á la comisión ejecutiva, á los artistas que han remitido sus obras y á las naciones que en la exposición han tomado parte. El cónsul de Italia Sr. Gaetani Davide se asoció en

nombre de su país al éxito de la exposición é hizo votos por la prosperidad de Barcelona. El Sr. Bastardas, teniente de alcalde, en nombre de la comisión ejecutiva, explicó la verdadera significación y la gran importancia del certamen. El Sr. Plaja, representante de la diputación provincial, felicitó al Ayuntamiento y á los organizadores de la exposición. El gobernador Sr. Ossorio y Gallardo, dedicó grandes elogios á Barcelona y enalteció la obra que estaba realizando.

Pronunciaron también elocuentes discursos, que, como los anteriores, fueron muy aplaudidos, los Sres. Puig y Cadafalch, Coll y Pujol, Vega y Ribera.

Terminado el banquete, en el que reinaron la mayor cordialidad y mucho entusiasmo, los invitados presenciaron el acto del barnizado, que resultó animadísimo.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

**al IODURO de HIERRO
INALTERABLE**

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

**AVISO Á
LAS SEÑORAS**

**EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE**

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ra} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTÉPÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFILLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS
B^e St-Denis, 46

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los*